

BOLETÍN
DE LA
SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID

EL LAGO DE SANABRIA
Ó DE
SAN MARTÍN DE CASTAÑEDA,

ESTUDIO LEIDO EN LA SESIÓN DEL 4 DE FEBRERO DE 1879,

POR EL CAPITÁN DE NAVÍO

DON CESÁREO FERNÁNDEZ-DURO.

El ilustre coronista Ambrosio de Morales, que por orden del rey D. Felipe II emprendió el año de 1572 un viaje á los reinos de León y Galicia y Principado de Asturias, apuntó en las Memorias que se conservan en la Biblioteca del Escorial, y que más adelante se dieron á la estampa (1), lo siguiente:

«*Lago de Senabria.* Cerca del Monesterio está un lago, en que entra y sale el rio Tera, que notablemente viene por lo alto de una serrezuela, y por allí encima tiene su curso continuado. De allí baja á hacer este lago, que tiene de largo una legua y hondura increíble, y se mueve algunas veces con tempestades como la mar. En medio de él está una gran peña, donde los condes de Benavente, en tiempo que tenían por suyo este lago, labraron un rico palacio, con muchos artesones de oro. Agora es el lago del Monesterio, y tiene truchas y barbos en grande abundancia, y muy sano.

(1) Madrid, 1765.

» Tiene también el Monesterio en otra sierra dos lagos estan-
tíos, sin que corran á ninguna parte, y en ámbos es el agua
muy delicada, y las truchas y peces muchos y muy buenos.»

Con ser pocos los depósitos de agua de esta naturaleza que
cuenta España, no debían de ser más abundantes sus noticias
descriptivas, toda vez que apareciendo, más de un siglo des-
pués, una obra especial y de pretensiones, el autor se limitó
á copiar lo dicho por Morales, desfigurándolo un tanto. Titú-
lase este segundo libro:

*«Espejo cristalino de las aguas de España, hermoseado y
guarnecido con el marco de variedad de fuentes y baños. Cu-
yas virtudes, excelencias y propiedades se examinan, dispu-
tan y acomodan á la salud, provecho y conveniencias de la
vida humana. Su autor, el doctor D. Alfonso Limon Montero,
catedrático de vísperas de medicina en la muy ilustre y docta
Universidad de Alcalá de Henares. Assumpto que hasta ahora
no ha tocado escritor alguno, etc. En Alcalá, por Francisco
García Fernandez, impresor de la Universidad. Año de 1697.
Un tomo en folio.»*

Si el título es digno de general conocimiento (y por ello lo
copio en toda su extensión), aún está muy lejos de ofrecer
asomo de la peregrina lección con que se ilustra el lector que
pasa las hojas siguientes. El doctor Limón, que debía tener
algo de común con la especie felina, truena contra el uso de
los baños de agua común, así frios como templados, asegu-
rando que de haberlos introducido los romanos en la Penín-
sula ibérica, y de seguir la costumbre los godos, se originó la
causa de la pérdida de España, porque los baños afeminan
grandemente las fuerzas y varoniles ánimos, y así, dice, «con
justa razón se despreciaron y aun prohibieron, cesando casi de
todo punto, y persevera hoy este olvido, pues raro es el pueblo
que tiene lugar destinado á este objeto.» En su juicio, lo con-
veniente y lo racional es no lavar más que la cara y las ma-
nos y alguna vez los piés, pues para lo demás del cuerpo basta
con mudar la ropa interior.

Evidentemente para este señor tenía el lago de Sanabria
mucha agua. «Es de una legua de largo, y poco menos de me-

dia de ancho, escribía; su hondura es tanta, que dice Morales, que en muchas partes no se halla suelo, y se cree le entran muchas corrientes por los lados, que manan por debajo de las sierras comarcanas: muévase muchas veces como el mar, y son tan fieras como en él las tempestades, y alguna vez han peligrado pescadores que se han hallado en una casa rica que el conde de Benavente tiene sobre una peña en medio del lago. El abundancia de grandes truchas y barbos que tiene este lago es cosa que pone admiración.»

En el último detalle es donde menos exagerado anda el señor Limón: el lago ha criado siempre, y sigue criando truchas, que por la delicadeza del gusto, por el color rosado de la carne y por el enorme tamaño, gozan de justa fama y aun de reputación histórica. Cuenta Muñoz en la relación del viaje que hizo Felipe II para casar con la reina de Inglaterra, que al pasar por Benavente fué hospedado y agasajado por el Conde de una manera suntuosa, sirviéndole en vajilla de plata las truchas del Sanabria. El doctor Thebussem en sus *Yantares y conduchos de los reyes de España*, menciona la merienda que el mismo magnate ofreció al dicho D. Felipe y á su esposa doña Isabel de Valois «merienda de dulces y pescados, que se compuso de más de quinientos platos, servidos por pajes muy galanes, que iban de uno en otro, llevando descubierto cada plato, siendo el último *una trucha de veintidos libras*, por cuyo peso se iban remudando los pajes....» El Reverendo Padre Maestro Flórez saca también á colación en sus *Reinas Católicas* á estos ricos salmonídeos, que casi, casi reconciliaban con el agua al Catedrático de vísperas de Medicina de Alcalá; por lo demás, se advierte que la *hidrofobia* hizo ver á este último con cristal de aumento la descripción de Morales, á quien cita, sin embargo, con falso testimonio.

Pero más allá en el concepto fué otro, nuestro contemporáneo, que enviaba reseña del lago al rey D. Carlos IV. La exposición, que se conserva en el archivo del Ministerio de Marina, fué hecha después de la desgraciada batalla de Trafalgar, y como medio fácil y seguro de reponer el desastre proponía el autor que se construyera un navío ó siquiera un

bergantín en el lago de Sanabria. Como los montañeses que viven alrededor ganan trabajosamente la subsistencia, se alistarían sin duda bajo el pabellón de tal nave, y siendo ágiles y dispuestos, aprenderían prontamente el oficio del marinero, y constituirían un plantel con que ir dotando los bajeles de la Armada, faltos de brazos inteligentes.

No hay que decir que el documento quedó archivado, y que el lago siguió siendo para los españoles menos accesible y conocido que el Ladoga.

Prueba de ello ofrece el *Diccionario geográfico-estadístico* del doctor D. Sebastián de Miñano, impreso en parte en 1825, y que no ya en distintos tomos ó artículos, sino en una misma página, una tras otra, inserta para elección del lector dos reseñas distintas. Tratando de la villa de SAN MARTÍN DE CASTAÑEDA dice:

«Al Sur tiene un hermoso lago, de tres cuartos de legua de largo y una y media de ancho (sic), en terreno inaccesible, que recibe las aguas del río Tera y otros que bajan de estas sierras. Su profundidad en el centro es absolutamente desconocida, y se navega en él con un gran barco, para la pesca de truchas, anguilas y barbos de gran magnitud, pues se cogen de 25 á 30 libras, y son las más de ellas asalmonadas, aunque bastante insípidas.»

Describe á renglón seguido el monasterio de San Martín de Castañeda, «fundado en la cumbre de una sierra, en la cual hay nieve todo el año y está vestida de robustos robles con muchas fuentes y arroyos de agua cristalina y lagunas abundantes de truchas, con pastos admirables (!) para toda especie de ganado,» y añade:

«A la falda de este monasterio, en una gran profundidad, hay un lago de color rojo que tendrá media legua de largo y otra de ancho, en el cual hay muchas anguilas y truchas grandes, que toman en parte el color del agua. Este lago va á desaguar en el río Tera.»

Descartando en la primera reseña la unidad que hace mayor el ancho que el largo, por ser evidentemente errata de imprenta, todavía difieren las medidas de ambas descripciones, y los detalles son tan distintos que nadie creería que se refie-

ren á la misma cosa. No digamos nada del estilo ni de la interesante novedad del color de las aguas que se comunica á la carne de los peces; baste recordar que por algo salió á luz el donoso opúsculo titulado *Corrección fraterna al presbítero doctor D. Sebastián de Miñano*, obra del inolvidable presidente primero que tuvo nuestra Sociedad.

Madoz no incurrió en contradicciones: su gran *Diccionario geográfico-estadístico-histórico* no dedicó una sola línea al lago de Sanabria, que yo sepa, después de leer la descripción general de la provincia de Zamora, en que naturalmente reseña la orografía é hidrografía de la misma; la descripción parcial del partido de la Puebla de Sanabria, á que el lago pertenece; las de los pueblos colindantes de Rivadelado ó Rivalago y de San Martín de Castañeda, y las voces Sanabria, San Martín, Martín, Castañeda y Lago, en cualquiera de las cuales pudiera caber, y por cierto que la omisión fué probablemente causa de que se repitiera en la *Crónica de la provincia de Zamora*, publicada el año de 1869 y escrita por D. Fernando Fulgosio, que por cierta comunidad de errores me parece acudió á la fuente del referido *Diccionario* para apuntar los datos geográficos. Los señores Ledo del Pozo, Nipho y Gómez de la Torre, que han escrito por partes de la misma provincia, tampoco han dicho nada del lago, que con mayor razón se oscurece en los tratados elementales de Geografía de España. El de *Geografía histórico-militar*, de D. José Gómez de Arteche, lo nombra incidentalmente, y no había razón para otra cosa, como accidente del curso del río Tera; el de los Sres. Mata y Araujo y Sánchez de Bustamante, refundición y ampliación del de M. Letronne, no hace más que darle un lugar entre las lagunas de la Península con el nombre de *Benavente*, que también le aplican algunos geógrafos antiguos. Por último, D. Tomás María Garnacho, en nota estampada en su reciente obra titulada *Breve noticia de algunas antigüedades de la ciudad y provincia de Zamora* (1), dice que el lago de San Martín de Castañeda mide

(1) Zamora, 1878. En 4.º

4.500 metros de longitud, 2.500 de latitud y 45 de profundidad media, encerrando, por tanto, 450 millones de metros cúbicos de agua. Añade que D. José Méndez, director de caminos vecinales de la provincia, calculó la altitud del lago en 3.500 á 4.000 piés castellanos.

La cartografía ofrece menos disparidad en los datos; en el atlas geográfico de D. Tomás López, publicado el año de 1810, el recipiente, á que no da otro nombre que *Lago*, aparece con dimensiones y contorno muy aproximados á la verdad. Aun más lo están en los trabajos inéditos de D. Antonio Gaver, jefe de ingenieros que estuvo comisionado para levantar los planos de la frontera de Portugal, en la provincia de Zamora, á mediados del siglo pasado, y todavía más esmerado y rico en detalles aparece el trazado en el mapa de la misma provincia de la colección del Sr. D. Francisco Coello, que con la conciencia y escrupulosidad que ejerce en todos sus trabajos, ha compulsado y rectificado los anteriores, y añadido por lo mismo el nombre de *Lago de Tera* al de San Martín de Castañeda, porque así lo han escrito otros.

Parece evidente que el nombre primitivo en la era moderna fué *de Sanabria*, por la región en que se encuentra; que después se llamó *de Benavente*, como propiedad de los condes de esta villa, y que al enajenarla á los monjes de San Bernardo se cambió por el de *San Martín de Castañeda*, que era el del monasterio y que es nombre que conserva en la localidad y en toda la provincia.

De viajeros no conozco más que una sola descripción del lago, que anónima se publicó en el *Semanario pintoresco español* el año de 1852; pero está hecha con tanta facilidad y gracia, que cautiva, ofreciendo el mejor contraste y antídoto contra el estilo del susodicho Catedrático de vísperas de Medicina de Alcalá en el *Espejo cristalino*. Dice así:

«He viajado por tierras tan desconocidas como las islas del mar Pacífico, y más dignas de curiosidad, todo sin salir de España. Esclavo de mi conciencia, hubiera creído faltar á los deberes que allí me llevaban, si me hubiese detenido á tomar una nota ó bosquejar un monumento; hoy me lastimo, y aun-

que no me arrepiento, conozco hubiera sido también servir á mi patria. El que más ha perdido soy yo, y esto me consuela. Sólo me quedan recuerdos, y antes que una vida agitada acabe de borrarlos, quiero contar algo sobre el lago de San Martín de Castañeda.

»El día de San Juan de 1847 salí de Doneé, pueblecito situado al pié de la sierra divisoria de los antiguos reinos de León y Galicia, despidiéndome de su hospitalario párroco, que es también el mejor cazador de la Sanabria y aun de toda la provincia de Zamora. Mis compañeros de viaje eran un antiguo oficial de caballería que había hecho la guerra contra Cabrera, y un licenciado de ejército de la misma procedencia, tan valiente como tuno, según más adelante pude conocer. Servíame éste de espolista, cocinero y ayuda de cámara, conduciendo en un rocín el arsenal heterogéneo, necesario en una comarca donde se hallan menos víveres y comodidad que en Sandwich ó Taiti. Después de atravesar una sierra estéril bajamos al hondo valle, donde el pueblecito de Trefacio ostenta una linda iglesia en medio de arbolados. Parece una cañada del Asia menor, arrojada en medio de aquella tierra salvaje. Continuamos aún bastante tiempo subiendo y bajando cerros por unos caminos que pudieran llamarse canales en seco. En vano, apoyándome sobre los estribos, alargaba mi ya bastante larga persona; nada veía más que las zarzas y espinos de ambos lados del camino. Su anchura correspondía á las demás cualidades, y un carro del país que venía en dirección contraria nos obligó á retroceder casi un cuarto de legua para hallar un sitio donde, como si saltáramos una barricada, pasamos por entre el carro y las zarzas, dejando en éstas parte de la ropa por trofeo del vencimiento. Lo dí todo por bien empleado porque al doblar la última loma se ofreció á mis ojos, de golpe, un espectáculo soberbio, y el más adecuado á mis gustos. Inmóvil sobre mi caballo en lo alto del cerro, veía á mi derecha el convento y pueblo de San Martín de Castañeda, un edificio magnífico en medio de las más ruines cabañas: á la izquierda un bosque intacto desde el diluvio; al frente una sierra, un peñasco más bien, gigantesco, sin un árbol, sin una mata; á

mis piés el lago, tan claro y terso que la razón sola podía conocer que aquella masa, del azul más puro, era líquido y no cristal. Aunque la mañana estaba avanzada, el sol, que asomaba por detrás de la montaña, en cuya ladera está un convento, alcanzaba á éste con sus rayos, y sumido en oscuridad relativa, parecía aún más misterioso y poético; en cambio, lo verde del bosque, el azul del lago y los blanquecinos peñascos de la sierra brillaban en todo su sencillo al par que grandioso esplendor. Por un momento me creí á la orilla del mar de Cantabria, en una playa que nunca dejan de ver mis ojos; pero luégo, la tranquilidad de aquellas aguas no alteradas por el flujo, la uniforme superficie que ninguna vela surcaba, me dijeron que si aquello era mar era como un niño arrancado á los brazos de su madre; era un desterrado aprisionado por aquellos montes. La melancolía del cuadro despertó la mia, y me ví también en tierra extraña, solo, suspirando...

»¿Hemos llorado ya?—Sí.—Pues ahora vamos á almorzar. Y apretando las espuelas llegamos al convento á la sazón que salía su antiguo prior, hoy párroco del pueblo. No sé qué especie de masonería existe para los que han nacido entre montañas, que al momento se entienden si en ellas se encuentran. Son una especie de madre común que conoce á todos sus hijos, y en el modo de gozar éstos de su regazo se reconocen también por hermanos. A muy pocas palabras que con el prior cambié, se nos franqueó la celda prioral y las provisiones de un padre Bernardo; no digo más en su elogio. Satisfecha la hambre del viajero, el montañés volvió á sus instintos; y como durante el almuerzo se habló de una fuente muy rara, situada al otro lado del lago, en frente del convento, me propuse verla. Pregunté por el camino, y me dijeron que no le sabían, por la concluyente razón de que nadie había intentado ir á la tal fuente, siguiendo sencillamente la orilla, como yo pensaba. Esto era ponerme alas, no que espuelas para intentarlo.—¿Qué clase de obstáculos existen?—Vadear el Tera por los cañales (me contestaron), cosa que algunos hacen, y seguir después la orilla del lago, hasta encontrar la fuente, cosa que nadie ha hecho.—Pues debe ser lo más fácil.—Así parece desde aquí, me

dijo el prior, abriendo un balcón, desde el que todo el lago y sus márgenes se divisaban; pero aquellos montones de rocas que forman la orilla, le parece á usted fácil trepar por ellas, y ni posible es; aún es más temerario intentar cruzar por los matorrales que de entre ellas nacen, y suben por toda la pendiente hasta formar el bosque impenetrable; en cuanto á lobos y culebras, que tampoco faltan, es lo de menos. — Tiene usted razón, contesté, y fuera más prudente dormir la siesta en la poltrona prioral; pero he perseguido á las gamuzas en los picos de Sejos, y á los jabalíes en los montes de Palomera, con todos los obstáculos que usted me pinta y uno además algo más serio; la nieve. Así que... hasta la vuelta. — Pero al menos irán con usted... — Nadie; y cogiendo mi escopeta, después de ceñirme el cinto con canana y cuchillo de monte, me precipité á correr por la pendiente del cerro, y en pocos minutos llegué al lago. Volviendo sobre la izquierda seguí la orilla. Prados, rocas aisladas en ellos y espesos setos de avellanos, me deleitaban sin estorbar mis pasos. Mi querida *Numancia* levantó algunas aves, y disparé varias veces sin matar una, lo confieso. Nada me falta para cazador sino la suerte y las mentiras. Así llegué al desagüero del lago. Las aguas que de él rebosan están contenidas entre fuertes paredes de sillería, ya medio destruidas, que las conducen á las nasas ó cañales, donde dejan la pesca para precipitarse después en ruidosas cascadas, formando el río Tera. Este era el primer obstáculo profetizado por el buen prior. En efecto, se necesitaba vista certera para seguir la estrecha cima de la pared, y músculos de volatín para salvar los boquetes abiertos por las aguas. Sobre todo, era preciso no pensar en que, al más leve desliz, la bramadora corriente se apoderaba de su presa, de la que darían buena cuenta los peñascos de las cascadas. Dí de mano, por lo tanto, á mis cavilaciones, y puse todos los sentidos á disposición de los piés, descalzándome, no por si me mojaba, que en este caso la cabeza sería la primera, sino para convertirme en una especie de cuadrumano, que todo era necesario entre los resbaladizos y vacilantes sillares. De este modo fuí pasando, hasta que al llegar á la anunciada orilla, que tanta gloria me prometía, como primer sér humano que la

pisara, me interrumpió el paso un boquete mucho más ancho que los anteriores, por el que se precipitaba tal masa de agua, y con tal fuerza, que yo la hubiera dado por mejor empleada en una rueda hidráulica. Ya no me admiró que nadie hubiera pasado por allí. Nada me impedía considerarme en la catarata del Niágara, á poco que excitase la imaginación, pues un enorme sillar atravesado en medio, y apenas cubierto por la corriente, podría pasar por la isleta consabida. Ya que pensaba en América, me acordé también del salto de Alvarado, y me propuse imitarle. Volví bastante atrás, donde había visto un varal, olvidado probablemente por algún pescador; el varal debía ser para mí lo que la lanza para el compañero de Hernan-Cortés. Alvarado nació (y yo también) cerca de Pás, y el modo con que los pasiegos se sirven de sus enormes palos, debió sugerirle el medio de saltar; cogí en mis brazos á *Numancia*, y sin piedad la arrojé al otro lado; fijé sobre el sillar la punta del palo, me lancé al espacio, y fui á caer en la suspirada orilla.

»Nada tenía esto de particular al pronto, pero después... después de gastar dos horas largas en la más fatigosa y arriesgada expedición que jamás emprendí, me volví cuando precisamente llegaba á pocos pasos de la maldita fuente. Tuve el trabajo y no la gloria. Así me sucede en todas mis empresas. Un tomo no bastaría para describir lo que sufrí, y aun hoy se me eriza el cabello al recordar cuando dejándome deslizar por una roca, creyendo alcanzar otra con los piés, me faltó media vara, cuando ya mis brazos agarrotados no podían sostener el peso del cuerpo, ni volver atrás. A más de veinte piés me esperaba en la caída, no el lago, que eso fuera lo menos temible, sino una cama de peñas aguzadas en las formas más caprichosas. Con una resolución desesperada me dejé caer á plomo sobre la punta de la roca inferior, no más ancha que la palma de la mano, y logré sin mantener el equilibrio, hacer nuevo empuje para lanzarme á otra situada al costado, y muy pendiente, á la que me aferré como pude, destrozando las uñas para salvar lo demás. No se pueden describir cosas semejantes.

»Volví al convento cabizbajo y mohino, y gracias á la succulenta comida preparada en mi ausencia, no me quedó de mi

empresa sino la satisfacción de haberla intentado, y... algún escozor en las desolladuras. Debió, no obstante, conocer el bendito prior que la fuente me ocupaba todavía, y con aquella sorna que los hombres de experiencia gastan con los entusiastas, empezó á decir en voz melosa, que él «había ido á la fuente con más comodidad que en la carretela de mejores muelles, con un movimiento sosegado y blando, como el de... una lancha.»— ¡Una lancha! Hablárais, santo varon, para mañana. ¿Una lancha? ¿Dónde está? ¿A quién hay que pedirla?—Ea, ya volvemos á las andadas; cachaza, cachaza, y todo se arreglará.

»En efecto, á poco tiempo salí, pero no solo. Las libaciones de la comida, unidas á la sencilla relación de mis peligros arros-trados por la mañana, despertaron la valentía y la curiosidad de mi compañero el oficial de caballería y de un hermano de nuestro anfitrión. Contad atrevimientos en una mesa, y todos serán héroes con el vaso en la mano. Tomamos la dirección del pueblo de Rivalago, por un sendero que costea la orilla del lago, en dirección contraria á la que yo llevé por la mañana. Al principio fuimos á caballo, después á pié, y después, como dice el *Corsario Rojo* de Fenimore Cooper, «navegando de popa.» Hay un trecho efectivamente en el tal sendero, donde el piso está formado por un peñasco inmenso y liso, que se inclina sobre el lago en rápida pendiente. Allí es preciso sentarse y dejarse deslizar buscando con los piés unos pequeños huecos cavados á pico en la roca. Mi valiente ex-oficial abría tanto ojo al ver el lago á sus piés, que á tiro de ballesta se conocía el deseo de volverse, si la negra honrilla lo permitiera. Al cabo se decidió á tomar un término medio; no abandonó la empresa, pero apartando la vista del terrible lago, «dió la popa al viento,» y á tientas buscaba con los piés los puntos de apoyo, que desgraciadamente no encontraba. Fué preciso que el hermano del prior se encargase de cogerle alternativamente las piernas y colocarlas en el punto debido. Alguna vez quería ó era preciso hacerlas bajar más de lo que permitía su longitud, y se entablaba una lucha bastante original, que solía concluir por un tirón brusco, y mi compañero quedaba extendido sobre la roca, á la que amorosamente abrazaba con toda su alma. En

uno de los descansos que hubimos de hacer, nos contó nuestro guía que al bajar por allí un alegre comerciante de Valladolid, calculó (los comerciantes todo lo calculan) un diálogo que debía entablarse el día del juicio, y lo calculó bajo la siguiente fórmula:

»*Dios á un hombre.* —¿De dónde eres?

»*El hombre.* —Señor, soy de Rivalago.

»*Dios al Hijo.* —¿Sabes dónde está ese pueblo?

»*El Hijo.* —No.

»*Dios al Espíritu-Santo.* —¿Y tú?

»*El Espíritu-Santo.* —No.

»*Dios.* —Pues yo tampoco.

»*Post nubila foebus.* Vivos y sanos llegamos á una hermosa pradera, donde atada á unos sauces se balanceaba nuestra nave. Tenía todas las condiciones apetecibles para un vuelco: redonda de quilla, y con dos palas de horno por remos. Pareciéndome que tardaban los remeros que nuestros compañeros fueron á buscar, propuse al oficial, único que conmigo había quedado, embarcarnos por nuestra cuenta y riesgo. —No sé nadar. —No hace falta sino remar. —¿Qué sé yo! me replicó tan melancólicamente, que me convenció de... que debía hacerlo por mí solo. Traté de tronchar la rama de sauce, ya que no podía forzar el candado de la cadena que sujetaba la lancha. Afortunadamente no lo conseguí, librando á mi compañero de representar el papel de Ariadne. Estando en la porfía con la maldita rama, que cedía sin romperse, llegaron nuestros melenudos remeros, sin montera, en mangas de camisa, y con una cara tan rubicunda y animada, que aunque era el día del Santo del pueblo, no cabía duda en que habían dejado su culto por el del hijo de Semele. Ya no era cosa de reparar en pequeñeces, y nos lanzamos al Ponto, aunque precisamente entonces empecé yo á temer, porque si siempre me ha parecido bien atreverme á lo que otro hombre se atreva, un borracho no es un hombre. Previne á los remeros que se dirigieran á una islita situada á la parte superior del lago; pero tantas islas, penínsulas y aun nuevos mundos tenían en su cabeza, que tan pronto íbamos á un lado como á otro. La Providencia debió ser la que

á la isla nos condujo. Esta es muy pequeña; sólo tiene algunos arbustos, y las ruinas de una casita edificada por los condes de Benavente, antiguos dueños del lago. Si no temiera extenderme demasiado contaría también la historia de la ruina y abandono de la casita; pero una noche tempestuosa, un lago cuyas aguas crecen y todo lo tragan menos una débil barquilla, y en ella una condesa en *deshabillé*, y un paje poco más ó menos, que en sus brazos la salvó, ó la perdió, sobre lo que hay opiniones, son cosas más interesantes vistas que escritas.

» Desde la isla nos dirigimos á la fuente, y cuando las cabezas de nuestros remeros, ya más frescas, iban disipando mis temores, una nueva circunstancia los reprodujo con más fuerza. Me tengo por buen nadador, y mirando las cosas por el último lado que siempre las miro, por el del egoismo, me dije á mí mismo que en un fracaso podría llegar nadando á la orilla. Pensaba en esto, cuando un ladrido me hizo volver la cabeza. *Numancia* se había quedado en la isla. Hice volver la lancha, y cuando faltaba poco para llegar, la perra se echó al lago nadando hácia nosotros: medio minuto tardaría en emparejar con la lancha; quiso subir y no pudo; al cogerla por el pescuezo conocí la causa, sintiendo en mi mano el agua más fria que jamás he palpado, y que es seguro no sufrirá un sér humano. Alguno se reirá de la importancia que doy á una perra, menos el cazador; era además la perra del viajero, y hemos pasado muchos trabajos juntos. La arropé con mi capa y una manta de contrabandista, y aun así me ví á punto de perderla. Otra circunstancia rara tiene también el lago. Las aguas son tan diáfanas, que inclinándonos sobre el borde de la lancha, veíamos en muchas partes el fondo, pero á tal profundidad, que se desvanecía la cabeza como en la más alta torre. Todos eran incidentes que aumentaban el miedo; hasta se levantó un vientecillo fresco, suficiente para que al cortar las olas vivas y sonoras, nos salpicasen muy bien con su espuma. Para animar á mi compañero, pálido como un difunto, recité para mis adentros aquello de Ercilla:

El miedo es natural en el prudente,
el saberlo vencer es ser valiente.

»Y en seguida empecé á cantar con un tono que desmentía mi marcialidad, la hermosa canción de la *Conjuración de Venecia*:

En hora fatal Leandro
pasaba una noche el mar.

»Un fuerte olor, como de huevos podridos, me dijo antes de llegar á la orilla, que la buscada fuente era de las sulfurosas. ¡Oh poder de una imaginación jóven! Me creí descubridor de un tesoro, y veía la humanidad podrida levantándose estatuas; veía un gran edificio apoyándose en la tierra, y tocando en el lago para gozar de los dos; veía mil barcas cruzando las tranquilas aguas en todas direcciones; cazadores persiguiendo los innumerables ciervos de aquellos bosques; anticuarios desentrañando las oscuras bóvedas del convento; hermosas mujeres... en todas partes. La poesía, la pintura y la música, presentándose bajo nuevas y halagüeñas formas: todos los placeres, todas las curiosidades que hacen á miles de españoles derramar oro en los Alpes, los Pirineos, y á las orillas del Rhin, los veía reunidos en un solo punto. La carretera de Madrid á Vigo debe pasar cerca del lago. Nada falta; querer sólo.

»No sé hasta dónde hubiera llevado mis planes, que aun hoy podrán ser realizables, si como creo se puede salvar el único inconveniente que hallé al examinar despacio la fuente. El manantial que ví es tan escaso, que no pasará de una pulgada cúbica. En cambio tiene una agradable temperatura, como de agua tibia, y está sumamente cargado del principio sulfúrico. En dos segundos tiñe de negro una moneda de plata, y en la roca donde brota, á la altura de dos ó tres varas sobre el nivel del lago, deja un abundante sedimento blanco, parecido en su forma al hollín. Esta fuerte saturación paréceme que anuncia un gran depósito, que debe tener más desagüaderos á la inmediación, ó bajo el nivel de las aguas del lago. Por lo menos vale la pena de investigarlo, y por mi parte no puedo hacer más que indicar. Si mi sueño se realizara, sólo desearía que

alguna hermosa niña, sola y reclinada bajo las ramas de un avellano, leyese estas líneas á la orilla del lago, concediéndome un suspiro. Podría hacerlo sin escrúpulo porque soy desgraciado, y sólo me ha quedado una pluma para desahogar mi corazón.

»Volvimos á cruzar el lago por todo su ancho, y desembarcamos al pié del convento. Al ver el porrazo que el ex-oficial se dió por saltar más pronto á tierra, sin contar con el balance del bote, se me figuró ver á César en circunstancia parecida, diciendo á la tierra de África: «No te me irás; te tengo entre mis brazos.» Ni volveré más al agua, debió añadir mi hombre en sus adentros, á juzgar por la mirada significativa que volvió al lago, al bote y al cielo, por fin, en acción de gracias, sin duda. ¡Con qué placer gozamos después de la cena, de la conversación del buen prior y de un tranquilo sueño! ¡Con qué sentimiento nos despedimos al día siguiente!

»He sido un fiel narrador de lo que ví con mis ojos y toqué con mis manos...

»Para concluir, y en obsequio de los hombres metódicos que se fijan en lo positivo, diré que el lago de San Martín de Castañeda está entre las sierras que dividen las provincias de Orense, Lugo y Zamora; en territorio de la última y tres leguas al NE. de la Puebla de Sanabria. Tiene media legua de largo y un cuarto de ancho, poco más ó menos. Admitiría navíos de tres puentes, hasta atracar á las orillas; tal es su profundidad. Fué propiedad de los condes de Benavente, que le cambiaron al convento por los pastos de la sierra inmediata. En la era de libertad y ventura se vendió por mil duros, en papel, por supuesto. El convento también se ha vendido en poco más, ó acaso menos de lo que costaría el hierro de sus balcones. A nadie inculpo; me lamento sólo. Ahí teneis lo positivo; dejadme lo ideal.» — *El Hijodalgo*.

Los deseos del cazador están en parte cumplidos y en camino de realizarse en todo. En 8 de Junio de 1873 publicó la *Gaceta* una orden del Gobierno de la República, fecha 29 del mes anterior, declarando de utilidad pública las aguas llamadas de

Bouzas, situadas en término jurisdiccional de *Rubadelago* y municipal de *Galende*; autorizando á D. Fidel de Ramos para que con sujeción á los planos presentados y á las prescripciones de las leyes, pudiera construir establecimiento balneario con las oficinas y dependencias necesarias, en el término de un año, debiendo tratar antes y avenirse con el dueño de los terrenos, utilizando en caso el derecho que concede la ley de expropiación, y que una vez terminadas las obras y dotado el Establecimiento de las condiciones y aparatos que reclaman la ciencia y la aplicación de las aguas se noticiara al Gobierno para autorizar la apertura, previa publicación, etc.

Hay que advertir que esta orden contiene dos erratas de negociado; sin importancia la una, que consiste en escribir *Rubadelago* por Ribadelago, mas no así la otra, que una vez estampada en la concesión, en los registros y en cuantos documentos acreditan y protegen la propiedad, *bautiza*, ó por mejor decir, *confirma* con el nombre oficial de *Bouzas* al surtidor del agua mineral, que en el país se conocía por fuente de *Touzas* ó fuente *Cheirina*, lo primero por el nombre del sitio en que brotan los manantiales y lo otro en razón al olor poco agradable de las aguas.

El que redactó los documentos dirá que esta es *cuestión de nombre*; no sabemos lo que dirán los etimologistas que andando los años se propongan ilustrar á sus contemporáneos disertando eruditamente acerca del origen de la nueva voz.

El Hijodalgo no vió en su rápida excursión más que uno de los tres manantiales que constituyen la riqueza mineral de BOUZAS; acaso el nombrado *del Arenal*, que es el más pobre de todos. Hay otro que llaman *f fuente del Escalón* y salta entre rocas sueltas en el centro de una ligera ondulación del terreno, y un tercero denominado *del Peñón*, que brota á poca altura del suelo, muy cerca de la orilla del lago, de una roca granítica que tiene 18 ó 20 metros de elevación y una extensión considerable. Para este último se ha formado un recipiente con muros sólidos, capaz para 28.000 litros; á su lado se ha construido el edificio con aparatos de calefacción, de donde va el agua á las pilas ó bañaderas, y por separado la hospedería,

capilla y dependencias necesarias para comodidad de los bañistas.

Bouzas es establecimiento naciente, acreditado de muy antiguo en las provincias de Zamora, León, Orense y las limítrofes de Portugal, cuyos habitantes pobres han acudido de muy atrás á buscar la salud en aquellas aguas que llamaban *divinas*, y que tomaban al aire libre. Las analizó el doctor D. Antonio Casares en 1872, clasificándolas entre las sulfurado-sódicas, con buenas condiciones, así en calidad como en cantidad, para establecer casa de baños minerales, y de aquí el origen del expediente y obras de fábrica.

Abierto el año 1876, ha procurado el propietario atraer á los dolientes, añadiendo á los poderosos recursos del paisaje los de comodidad y recreo que por de pronto se habían de apetecer principalmente. Los baños, propiamente dichos, son cuatro gabinetes con otras tantas pilas de una sola pieza, labradas con el granito que tanto abunda en la localidad, y cuatro cuartitos correspondientes, con camas, para los que han de reposar después del baño. En pabellón separado hay quinta pila de baño, y están interinamente instalados los aparatos de aplicaciones hidroterápicas, que exigen, y tendrán más adelante, salón especial y aumento.

La hospedería se ha fabricado aparte, á poco trecho de la orilla del lago, sobre una roca que se sumerge en él casi verticalmente, y una explanada hecha con desmontes. Consta de dos pisos, bajo y principal, y entre ámbos tienen habitaciones para cuarenta personas. El comedor está en el piso bajo, con vista y acceso al parque, situado al Norte de la casa, entre ésta y la orilla del lago. La capilla, contigua á la casa. Otros edificios hay en construcción, que se utilizan para alojar á gente de pocas comodidades, y no tardará en acabarse el principal, que dará cabida á más de sesenta bañistas de primera clase.

No han acudido todavía á los baños de Rivadelago los que acostumbran á pasar el verano en Spa ó en Baden-Baden; viajeros más modestos de las provincias cercanas, poco exigentes en punto á boato, y que se contentan con una cama limpia y

una mesa decente, son los que han inaugurado la estación, volviendo satisfechos del hospedaje y encantados de la novedad y grandeza del panorama. Uno de ellos ha escrito (1):

«El que sólo busque el recreo, por tener una salud á prueba, en el lago y sus cercanías tiene todo lo que puede apetecer: el botánico, plantas; el cazador, perdices, charnelas, corzos y venados; el sibarita, ricos peces, succulentas anguilas y salmonadas truchas; el amigo de paisajes tiene en las cumbres vecinas hermosas planicies cubiertas de tupida, suave y verde alfombra, matizada de esmaltadas flores, y aquí y allá grandes lagunas de abundante pesca, manchas plateadas que resaltan en la pradera. Senos hay con ventisqueros donde las nieves son perpétuas; tajaduras de inmensa profundidad; derrumbaderos que causan vértigos al acercarse á sus bordes; crestas altísimas, enormes masas de granito afectando formas caprichosas y admirables; valles amenos con una vegetación tropical; y, en fin, tantas, tantísimas bellezas, que para enumerarlas no es bastante el corto espacio de un artículo.»

Si los medios de comunicación se mejoran y facilitan, si las notabilidades médicas de la corte trazan ese rumbo á la pléyade elegante que necesariamente abandona á Madrid durante el estío, y, sobre todo, si la moda extiende su cetro en aquella dirección, podrán hacer las aguas de Rivadelago una terrible competencia á las de las Provincias Vascongadas y á otras muchas de gran tono, porque las de Sanabria son susceptibles de todo aquello que apetece la vanidad y el goce; y además, tienen lo que no está al alcance de la mano del hombre; lo que sólo Naturaleza sabe hacer.

Las aguas minerales servirán, pues, para dar á conocer el lago, y dan ya motivo para romper el velo que lo ocultaba, toda vez que acaba de ofrecerse al público un libro, escrito por el médico director, explicando extensamente lo que es el Establecimiento, los recursos con que cuenta, las condiciones y análisis del manantial, las enfermedades á que es aplicable y

(1) Don Casto G. García, *La Enseña Bermeja*, Zamora, 26 de Mayo 1878.

hasta la estadística de los enfermos consultados durante la temporada de 1877 (1).

De este libro me he servido para los pormenores de las termas, y habré de servirme todavía por la precisión de su topografía médica, que viene á llenar, en gran parte, el vacío de noticias que en un principio he lamentado. Recomendándolo á los curiosos, extracto sólo lo más conveniente á mi propósito.

« El reciente establecimiento de estos baños, dice, está situado en 42° 8' 30" de latitud Norte, y 3° 2' 35" de longitud Oeste del meridiano de Madrid (11° 25' 54" del de Hierro), en la extremidad Noroeste de la provincia de Zamora, cerca de su confín con las de Orense y León, en el partido judicial de la Puebla de Sanabria, ayuntamiento de Galende y término de Rivadelago, entre las elevadas sierras Negra y Segundera, á unos 800 metros sobre el nivel del mar y en medio próximamente de la orilla meridional del lago de San Martín de Castañeda.

» Este espacioso lago, denominado también de Sanabria, tiene de Este á Oeste una longitud que excede de cinco kilómetros, con algo más de tres de ancho en algunos puntos, y su mayor profundidad llega á la enorme de 80 metros, siendo de unos 30 en gran parte de sus orillas. Límpidas y cristalinas sus aguas reposan sobre un lecho pedregoso ó arenisco, sin que se note la menor señal de fango, ni dentro de su perímetro nazcan juncos, ovas ni ninguna de esas plantas trepadoras y rastreras que tanto suelen abundar en otros de su clase, y que sobre hacer temible la natación en ellos y dificultar no poco la navegación, dan lugar á emanaciones de efluvios de sustancias orgánicas en putrefacción, harto perjudiciales para los que habitan sus cercanías.

» Tanto el lago como el pueblo de Rivadelago, se hallan

(1) *Establecimiento de baños de las aguas minerales sulfurado-sódicas de las Banzas de Rivadelago, Zamora. Noticia de la topografía médica del Establecimiento: acciones fisiológica, curativa y aplicaciones terapéuticas, etc., etc., de sus aguas*, por don Pio Gavilanes, su médico-director en propiedad, en virtud de oposición en concurso libre; y análisis químico de las mismas por el doctor D. Antonio Casares, Astorga. Imprenta y librería de L. Lopez, 1878. En 4.º, x-104 páginas.

comprendidos y como encajonados entre tres grandes montañas, que sólo por la parte del Este dejan una abertura de poca extensión, por donde tienen salida las aguas de aquél para continuar el curso del río Tera, en el accidentado valle de su nombre, que es el principal y uno de los más amenos de Sanabria, por el magnífico panorama que ofrecen sus numerosos pueblos, llenos de arboleda, sus frondosas huertas y sus verdes praderías, en el centro, y los no menos numerosos que en anfiteatro ocupan la vertiente occidental de la cordillera que envía Sierra Negra, hacia el Sudoeste, para dividir la cuenca de este río de la de Río Negro, afluente suyo.

» La montaña que limita el lago por el Norte, llamada antiguamente *Suspiaco*, es una estribación de Sierra Negra, que teniendo su nacimiento cerca del Portillo de Puertas, y marchando próximamente en una dirección Sur, viene á hundirse en las aguas de aquél, formando su vertiente occidental la orilla izquierda del Tera, y la oriental la ladera derecha del valle en que asienta el pueblo de Vigo, no lejos del lago, hacia el Noroeste. Enfrente del Establecimiento, y como á mitad de su altura, existe en esta montaña un llano poco extenso, en donde se ven el pueblo de San Martín de Castañeda y las ruinas del convento del mismo nombre, en medio de una agradable vega de linares, huertas y praderías.

» Limita la orilla Sur del lago una cadena de montañas, que se hacen más elevadas á medida que se camina de Este á Oeste y que son á su vez estribaciones de un gran contrafuerte de la Sierra Segundera, que á poco de arrancar de ella, se divide en dos ramales, uno que va á terminar en Galende, y otro que lo hace en el extremo oriental del lago, dejando entre ámbos una excavación ó valle profundo, sembrado, como todo lo demás de este terreno, de bloques colosales de granito, testigos mudos, pero fehacientes, de los trastornos geológicos que sufrieron estas comarcas al quedar formadas cual hoy las admira el observador que las recorre.

» Estas montañas buzan hacia el lago con una inclinación que puede calcularse en su mayor parte de un 40 á un 60 por 100, excepción hecha del sitio ocupado por el Estableci-

miento, en donde existe un espacio como de un kilómetro de extensión, de vertientes mucho más suaves y terreno menos accidentado, que forma una especie de meseta, cortada por vallecitos de poca profundidad. Todas sus laderas están cubiertas de lozana vegetación, á que no poco contribuyen las numerosas fuentes de exquisita agua potable que surgen de ellas y dan su contingente al lago; y entre los bosques poblados de seculares y robustos robles aparecen de trecho en trecho, ya manchones de tierra labrantía sembrada de centeno, ya verdes y abundantes praderías cerradas con setos vivos de avellanos, fresnos y abedules, formando todo un contraste marcadísimo con la aridez y escabrosidad que se observan en las montañas de que voy á ocuparme.

» Al O. se halla el lago limitado en su centro por una gran formación granítica, que presentando su mayor altura en la orilla del mismo, va disminuyendo á medida que se acerca al pueblo de Rivadelago, hasta el punto de estar edificadas sobre ella algunas de sus casas, dejando á los dos lados dos vegas magníficas de poca extensión, pero de terreno vegetal excelente, las que labradas por sus moradores constituyen su principal riqueza. De estas vegas, la de la derecha, ó más meridional, que atraviesa el Tera, se ve durante las grandes avenidas inundada en extensión considerable por las aguas del lago; pero esto no obsta para que retiradas las aguas se trasformen en abundante pradería.

» El pueblo de Rivadelago, de unos 80 vecinos, y compuesto de casas en su mayor número cubiertas de paja, se halla colocado en un pequeño valle, de que forman parte las dos vegas referidas, limitado al O. por una cadena de montañas graníticas, llamadas las Fragas, sin vegetación, y casi cortadas perpendicularmente, que en dirección N. S. van á enlazarse con el estribo de la sierra Segundera que, como el lago, le sirve de límite por el Sur.»

Miñano, que no vió, como el doctor Gavilanes, este pueblo, dice, sin embargo, que presenta una hermosa vista en el verano, si bien en invierno es horrorosa por las nieves y frios. Madoz lo hace malsano por la humedad del lago, ya que no

por la del Tera, que añade pasa por entre las cuarenta casas que componen el pueblo, dividiéndolo en dos barrios: 28 vecinos con 108 almas lo habitaban, según sus noticias, y se mantenían, como los indios rojos del Canadá, de la caza y de la pesca, siendo en su juicio este pueblo de los más miserables del país, aunque pudiera ser aventajado si utilizase sus condiciones para el riego de tierras. Si no le informaron mal, mucho ha prosperado en población y producciones en el breve espacio transcurrido entre la publicación de su Diccionario y la del libro de Gavilanes. Este sigue explicando que:

«Al N. y en extensión de cerca de un kilómetro, existe una estrecha cañada que, como los demás alrededores del pueblo, presenta exuberante vegetación, descollando entre sus muchos árboles los nogales y castaños; pero se convierte luego en una inmensa cortadura que parece hecha artificialmente entre las Fragas y la parte occidental de la montaña en que se dijo asienta el pueblo de San Martín, y por cuyo fondo, lleno de grandes peñascos, corre tumultuoso el Tera para pasar después lamiendo las casas de Rivadelago.

»Este pueblo, pues, está como aprisionado entre el lago y las altas montañas que le rodean, sin tener otras vías de comunicación que hacia el E. un camino que, siguiendo la orilla derecha del río y lago, se divide antes de llegar al Establecimiento en dos veredas, una que pasa por él y se dirige al valle de Tera, y otra que atraviesa la montaña y va al pueblo de Quintana, desde cuyos puntos existe franca comunicación con todos los demás de Sanabria; y hacia el O. otro escabrosísimo, que pasando á través de una honda cortadura de las Fragas, va á Porto y se pone en comunicación con Galicia.

»Dedúcese de lo referido hasta aquí que el río Tera, si no da por sí todo el contingente de las aguas que constituyen el lago, es su factor principal. Este río tiene su origen en el Portillo de Puertas, cerca de la elevada peña Trevinca, y después de aumentar su caudal con las aguas de la laguna de Lacillo y de las numerosas fuentes de la Cuesta de la Cuchilla, de correr tranquilo en dirección N. S. cerca de doce kilómetros por un llano á la altitud de 1.100 metros, y regar el sitio deno-

minado Vega de Tera, abundante en buenos pastos, se precipita formando vistosas cascadas en el profundo valle llamado la Cueva, cuya descripción hace el Padre Flórez (*España Sagrada*, tomo xvi), diciendo: «Cercado por todas partes de »unas peñas muy altas, es como un *Hortus conclusus*, y una »especie de paraíso abreviado, cubierto de alfombras naturales, tejidas de verdes praderías, matizadas por la misma naturalaleza, como si fuera con arte, con varios boscajes de árboles, manzanos, perales, avellanos, cerezos, acevos, tejos »y otras especies, que forman un país útil y deleitable.» En efecto; este profundo y admirable vallecillo, perteneciente al pueblo de San Martín, no tiene más entrada practicable que la que, siguiendo el camino desde este pueblo al sitio denominado Piedras Blancas, baja desde aquí en numerosas vueltas hasta él, presentando desde lo alto el más imponente y caprichoso panorama.

»El mismo Madoz, poco dado por lo general á la poesía, y que ya que omitiera tratar del lago lo hace del pueblo de San Martín, se anima un tanto al llegar á este paraje, y después de repetir que el clima es húmedo y frío, hace excepción de la Cueva, hondonada coronada de escabrosísimas peñas y de difícil bajada por lo mismo, pero que forma un valle abrigado de todos los vientos y poblado de arboleda y de muchas plantas medicinales.

»Al dejar este agradable paraje, prosigue Gavilanes, el rio corre como unos tres kilómetros por entre peñascos inmensos hasta precipitarse en la estrecha cañada de Rivadelago ya descrita, desde la que, dejando á la izquierda el pueblo y atravesando la más meridional de las dos vegas repetidamente mencionadas, desagua en la parte occidental del lago para aparecer de nuevo por la oriental, é inclinándose al poco trecho á la derecha corre de N. á S. hasta más allá de la Puebla, desde donde toma la dirección E. hasta que rinde al Esla sus aguas.

»Dos riachuelos se unen al Tera en Rivadelago, y son el de la Cárdena y el Cubellos. Nace el primero de la laguna del mismo nombre, formada por varios arroyos procedentes de la sierra Segundera, en la que tiene tambien su origen el se-

gundo; bajando ámbos en dirección de O. á E., paralelos y á poca distancia entre sí por la cortadura de las Fragas por donde va el camino que conduce al pueblo de Porto.

» Otro riachuelo, por último, se desprende del lado oriental de la cuesta de la Cuchilla, no lejos del origen del Tera; corre paralelo á éste, y pasando por el pueblo de San Martín va á perder por debajo de él en el lago su escaso caudal.

» Lo mismo el Tera que todos sus afluentes, las lagunas de Lacillo y la Cárdena y otras que existen en el país, producen abundantes y exquisitas truchas. Mayores y más en número son las del lago de San Martín de Castañeda, en donde se encuentran también en abundancia anguilas, barbos y otros peces. En tiempo de los frailes se pescaba en él con red marina: en la actualidad sólo existe en el pueblo de Rivadelago un pequeño y nada bien acondicionado barco, destinado á tender pequeñas redes, propias del país, que á no ser en los meses de Julio y Agosto no dejan de proporcionar á sus pescadores bastante utilidad en el resto del año; pero cuando se coge una cantidad exorbitante de truchas y anguilas principalmente, llegando muchas veces en un breve rato hasta veinte, treinta y más arrobas, es durante las grandes crecidas en una especie de pesquería llamada el Cañal, dispuesta para ello en la desembocadura del lago.

» La cuenca del lago está formada de terreno plutónico, formación geológica que parece la terminación del suelo granítico en que asienta la mayor parte de Galicia, y que por aquí se tiende desde sierra Segundera á la contigua provincia de Tras-os-Montes, en Portugal.

» Las rocas graníticas de esta formación comienzan á presentarse en Galende, y tienen por limitación la orilla derecha del Tera hasta su salida del lago, con excepción de algunas entradas ó senos que se ven á su izquierda, de que es ejemplo el pueblo de Pedrazales; siguen por las orillas del lago y luego por las del río hasta lo alto de Piedras Blancas, en donde terminan por su izquierda para confundirse con el terreno silúrico que constituye la sierra Negra, continuando por su derecha hasta cerca de su origen, en donde vuelven á hallarse en

contacto con el mismo terreno. Retrocediendo desde aquí en dirección S. y sin abandonar la orilla derecha del Tera, van á unirse con el contrafuerte que de O. á E. envía la sierra Segundera, para terminar, pasando por los pueblos de Sotillo y Quintana, de una parte, en Galende, y de otra en el extremo oriental del lago.

» El granito que constituye todo este terreno es muy duro, de difícil pulimento, presenta un aspecto porfídeo, y parece que en él predomina el feldespato. Se manifiesta en grandes masas compactas en las Fragas y base de las montañas que limitan el lago, y se halla diseminado por todo el terreno en forma de bloques colosales, que colocados unos sobre otros, afectan en algunos puntos posiciones extraordinarias y sorprendentes.

» Por la situación de la localidad, está comprendida en el extremo ó línea meridional de la zona fría templada de las seis en que generalmente se divide la Península, relativamente á la distribución geográfica del calor. Su temperatura media anual debía, pues, fluctuar entre 13 y 14 grados centígrados, pero desde luego se comprende que la configuración especial de este terreno, la abundante vegetación que le cubre en su mayor parte y la existencia de un depósito de aguas tan extenso, habían de modificar su temperatura, y por lo tanto, su clima. Así es; abierta la cuenca del lago de San Martín únicamente al E., defendida de los vientos N. y O. por las altas montañas que tan cerca la circundan, y no tanto de los del S. por la depresión que hay en el centro de la que la limita por este lado, se deduce con claridad que su clima deberá alcanzar una temperatura media anual más alta que la que le pertenece por su posición geográfica; y que la evaporación continua que en ella existe ha de prestarle más humedad que si estuviera constituida sólo por tierra. No obstante, las ventajas de exposición y configuración de esta localidad, se hallan harto neutralizadas por su proximidad á la sierra Segundera y Peñas Negra y Trevinca, puntos en que se conserva la nieve la mayor parte del año. En resumen; su clima es destemplado, frío y húmedo durante las estaciones de otoño, invierno y prima-

vera, como lo es en toda Sanabria; pero en los tres meses de verano es de los más agradables y con mejores condiciones de salubridad.

» Su temperatura media durante esta estación no pasa de 21 grados centígrados, y si á esto se agrega que todas las mañanas se siente una ligera brisa del E. y por las tardes del O., cuya explicación física se desprende palmariamente de la exposición del terreno, y que por la altitud de la localidad el aire se halla algún tanto enrarecido y la respiración se hace más amplia, desde luego se comprenderá que esta atmósfera es conveniente á todas las organizaciones débiles que necesiten activar su sanguinificación.

» Los alrededores del Establecimiento, á fuer de accidentados y agrestes, son verdaderamente sorprendentes, y no dejan de entretener y admirar el ánimo del que por primera vez los visita. Aun naciente, no ofrece en su recinto ni paseos guarnecidos de arboleda, ni jardines artificiales, ni nada que demuestre el embellecimiento del arte, cosas todas que en otros de su clase existen con más ó menos abundancia; pero no hay ninguno que le exceda en la belleza del paisaje, en la exuberancia de vegetación, en la abundancia de flores silvestres, ni en los entretenidos paseos rústicos, con sus veredas más ó menos desiguales.

» Los bañistas prefieren, en su gran mayoría, por la mañana, el caminito que partiendo de la misma fuente, y dirigiéndose por medio de un frondoso bosque de robles, sigue la orilla del lago hasta su conclusión. No faltan en todo su trayecto, que es de cerca de dos kilómetros, cómodos asientos entre los numerosos bloques de granito que guarnecen sus bordes, ni menos, sobre todo, en el mes de Julio y parte de Agosto, los armoniosos trinos de un sinnúmero de ruiseñores que en porfía lanzan al aire su delicioso canto, formando contraste con el dulce arrullo de la tórtola y el continuo gorjeo de los jilgueros, pardillos y otras aves cantoras, que con tanta abundancia pufulan por aquellas selvas. Hace más agradable la estancia en este sitio á las primeras horas de la mañana, por una parte, la suave temperatura que le propor-

ciona el hallarse defendido del sol, y por otra, el encantador efecto que causa la vista del límpido cristal del lago ligeramente rizado por la brisa, y la de las montañas de la orilla opuesta, en cuyo centro se ostentan las ruinas del convento de San Martín, con las frondosas alamedas de sus cercanías.

» Por las tardes se cambia de dirección, y, ó bien se sigue el camino que conduce al pueblo de Rivadelago, ó dejándole á los pocos metros de la casa, se toma, atravesando un vallecito, el de Quintana, que guía al sitio llamado el Lagunón, constituido por una hondonada de figura oval, llena de agua durante el invierno, pero reducida en verano á una hermosa pradera. El paisaje que por este lado se presenta varía en un todo del que acabo de describir, si bien tampoco carece de encantos. No se encuentra ya el espeso bosque de corpulentos robles que en aquél; ántes se camina siempre entre monte bajo; pero las caprichosas ondulaciones del terreno, el gran número de flores silvestres que lo matizan, y la diseminación y rara colocación de los bloques graníticos que coronan sus cimas, no dejan de entretener y deleitar la imaginación.

» Estos paseos y las continuas correrías por el lago en el bote que posee el dueño del Establecimiento, provisto de vela y remos, constituyen principalmente los entretenimientos ó diversiones de los bañistas durante el día.

» Entre las expediciones que se verifican por agua, tres son las más comunes y agradables. Unas veces se navega con rumbo á las extensas praderías que en la orilla opuesta, frente al Establecimiento, existen debajo del pueblo de San Martín, al que suben los más atrevidos y robustos por tortuosas y empinadas sendas, para examinar las imponentes ruinas del convento y su iglesia, que por haberse destinado á parroquial, se halla en buen estado de conservación, y merece ser visitada por su arquitectura, que data del siglo XII. Esta expedición la hacen otros á caballo, atravesando el Tera á pocos metros de su salida del lago, por donde se vadea con facilidad, y siguiendo luégo la calzada construida por los frailes, que con una pendiente de un diez por ciento conduce á aquel pueblo.

» Otras veces se dirige el barco con su tripulación á una pe-

queña isla, situada á unos 200 metros del extremo occidental del lago, y á igual distancia de sus orillas laterales, formada por un gran peñón, en que se ven las ruinas de la casa que tuvieron allí los condes de Benavente, cubiertas de zarzales y otros arbustos.

» Por último, cuando algunos bañistas se deciden por ir á tomar el chocolate de la tarde á un hermoso bosque de castaños que hay en el pueblo de Rivadelago, y en donde nace una fuente de excelente agua potable, entonces el barco se dirige á una de las vegas del pueblo, desembarca allí la caravana, hace á pié el pequeño trayecto que media hasta el citado bosque, y después de haber llenado su objeto, vuelve antes de oscurecer al Establecimiento.

«Si á esto se añade que los más de los domingos y dias de fiesta alegran aquel recinto muchos aldeanos de los pueblos circunvecinos, atraídos por el tamborilero de Galende, á cuyas ruidosas tocatas efectúan los bailes del país, y que no faltan partidas de juegos lícitos, se habrá formado una idea de los medios de diversión que tienen los bañistas.»

Hasta aquí las apreciables noticias del Médico-director de las aguas, que por sí mismas revelan estar exentas de toda pasión; mas si á pesar de la exactitud de las descripciones hubiera quien ponga en duda los encantos del lago, la desvanecería con sólo recordar que dominándole se fundó allí, desde tiempo inmemorial, una casa de monjes Bernardos, y es sabido, desde el famoso descubrimiento que hizo Castro y Serrano, tratando del Monasterio de Piedra, que así como los grandes rios vienen siempre á pasar lamiendo las capitales más populosas, así á inmediación de los conventos aislados se formaban por encanto los más agradables y magníficos panoramas, para atractivo de aquellos santos varones que pasaban su vida en la contemplación.

El de San Martín de Castañeda tiene historia tan añeja como honrosa; pues, aparte la santidad, ha dado albergue á muchos hombres eminentes que ilustraron las literaturas latina y castellana; testigo el reverendo maestro Fr. Roberto Muñiz, su abad que fué, y autor de la *Biblioteca cisterciense*; y así el es-

tudio en presencia de las ruinas podrá ser aliciente para alguno de los que visiten el lago (1). Lo tendrá para otros la observación de costumbres y trajes de región tan poco conocida; el aspecto de los labriegos con chalecos cuyo patrón está tomado del coselete; con monteras de perfil idéntico al de los capacetes de acero que todavía en las campañas del Gran Capitán llevaba la infantería española; con calzón y polaina que no desmienten su origen de las grebas; con guedeja hasta los hombros, como las usaban los súbditos de Chindasvinto.

Cuando alguno de estos montañeses se ofrece de pronto á la vista del caminante en la vaga luz del crepúsculo, parece talmente la sombra de un peón de las huestes de la Edad-media, siendo penosa la desilusión de ver trocado en paño dieziocheno el acero de la armadura, y la lanza en rueca, con que hilan, en tanto pace el ganado. No extrañan menos las mujeres con poláinas y parlamenta, arando la tierra, mientras sus criaturas, colgadas en zurrón de la rama de un roble, se balancean como los nidos de la oropéndola, que abundan en aquellas selvas.

Según el P. Ledo del Pozo, son estas mujeres las mismas valerosas de *Intercacia*, que enviando sus esposos á la guerra tomaban á su cargo las faenas pesadas del campo para alimentarlos. Estrabón dice que cuando parían guardaban los maridos la cama siendo servidos de ellas, y de aquí y de las rápidas impresiones de algunos viajeros poco escrupulosos, ha nacido sin duda la fábula, harto propagada, de que mientras la pobre mujer de Sanabria agoviada, abre los surcos y esparce en ellos la semilla, el hombre pasa el día y la noche en la taberna, hilando porque resalte mas la afeminación que lo degrada. No pocos escritores se han hecho eco de tal vulgaridad, que por cierto ha repetido recientemente un diario de esta corte. Ya lo he dicho en otra parte (2).

(1) Tratan del monasterio, Argaiz, *La Soledad laureada*, Madrid, 1675; Manrique, *Cisterciensium severius annalium a condito cistercio*, Lugduni, 1642; Morales, *Viaje que hizo por orden del Rey Felipe II*, Madrid, 1765; el marqués de Mondejar, *Memorias de la casa de los Ponce de León*, apénd. Esc. xvii; Flores, *La España Sagrada; Inventario del archivo histórico nacional*, Madrid, 1871.

(2) La mujer de Zamora.

Lo exacto es que hay comunidad en los trabajos, como en las satisfacciones del matrimonio; mientras el marido se ocupa en la arriería, corta leña, pesca ó pastorea los ganados lejos de su pequeña tierra, la labra la mujer y la hace productiva; si sosegada misión en el hombre lo consiente, hila ó hace calceta, estimando honroso, como lo es, y no en menoscabo de la dignidad varonil, un mecanismo que es indicio de aversión á la ociosidad. Unidos los esposos por la noche en las largas veladas del invierno, se entretienen á veces al calor de la chispeante hoguera, en labrar cucharas, morteros y bieldos, con la madera de los bosques. El trabajo es vário, pero continuo, en ambos cónyuges, y con él son estos montañeses pobres, mas no mendigos. Cual más, cual menos logra ser propietario de un herreñal de tierra que provee con patatas y centeno á su subsistencia. Del lino y del vellón sacan por industria de sus manos el vestido; con el ofrecimiento remunerado de su labor atienden al costo del albergue y de otras bien escasas necesidades. Digna de elogio grande, que no de censura, es su improbable tarea.

Fáltame decir que el acceso del lago de Sanabria no es todavía tan fácil y cómodo como el de los lagos de Suiza, aunque se haya mejorado mucho desde los tiempos en que escribía el *Hijodalgo*. Desde Zamora, que por la línea férrea está unida con las demás de España, hay carretera y coches-diligencias que diariamente van por ella á la Puebla de Sanabria, y siguen hasta Orense y Vigo. Los bañistas tienen que apearse en la Puebla y continuar la caminata á caballo ó en carros del país, porque en los 12 kilómetros que aproximadamente hay que recorrer, es la vía de las que pueden llamarse camino real... de perdices, y no admite otra especie de vehículo. En compensación puede el viajero optar por el que más le agrade entre tres, todos accidentados, que se ofrecen á su elección. Por lo general, dice el doctor Gavilanes, se prefiere el que pasa por Castro y Quintana, por ser el más corto, y no presentar otro obstáculo mayor que la cuesta que se baja despues de atravesar el último pueblo, en cuya composición actualmente se trabaja; de los otros dos, uno parte desde el arrabal de San Fran-

cisco de la Puebla y sigue la orilla izquierda del Tera, por una meseta hasta el caserío denominado el Puente ó el Mercado, por celebrarse allí uno semanal, y porque hay realmente un puente antiguo para cruzar el río, continuando por la orilla derecha entre bosques hasta dar vista á Galende, al que se llega por otra cuesta. El tercero conduce desde Castro por Ila-nes á Galende, y unido aquí con el anterior, continúa sin abandonar la orilla derecha del río, con un piso desigual y por una senda abierta entre el gran número de cantos rodados é inmensos bloques graníticos que llenan la esplanada que hay desde este pueblo hasta el lago. Para los cazadores, para los que provistos de carterá y pinceles vayan dispuestos á sorprender los secretos de la naturaleza, lejos de ofrecer inconveniente estos caminos, son atractivo más para un paseo poco común, y aun habrá aficionados que en emulación de los que trepan por los Alpes quieran ejercitar el largo bastón ferrado y señalen por aquellas breñas puntos de estación en que sellarlo y resellarlo para testimonio futuro de su agilidad; mas para las damas de nervios delicados y aun para los hombres amigos de la comodidad se hace precisa una modificación en el camino, que permita el trayecto continuado de coches desde Zamora al establecimiento de los baños; y es de suponer que el propietario que se esmera en embellecer la estancia, y que admite la asociación de interesados para ensancharla y engrandecerla, procurará lo que conviene á sus intereses y á los de la provincia.

Dista el Establecimiento, en antigua medida, 22 leguas de Zamora, 14 de Benavente, 14 de la Bañeza, 14 de Astorga, 28 de Orense, 12 de Viana por las Portillas y 6 por la sierra de la Segundera, 8 de Valdecrras por el Portillo de Puertas y 7 de Braganza.

El plano que acompaña al presente estudio está tomado del original que posee el Sr. D. Francisco Coello, que con su conocida bizarría y generosidad me ha facilitado. Tiene la siguiente nota:

«Con mi presencia, asistencia sobre el terreno y exámen de las operacion.» se delineó por D. Jph. Augier, asistencia

y aplicacion del Ing.^{ro} Extr.^{rio} D. Jph. Gandon. V. B. de Gauer.»

Pone escala de leguas legales de 5.000 varas castellanas; de leguas de 2.500 *tuesas* y de *oras* de camino de 6.000 varas castellanas por *ora*.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

EXCURSIÓN

POR LAS

REPÚBLICAS DEL PLATA,

HECHA Y DESCRITA POR EL CAPITÁN DE FRAGATA

DON FRANCISCO CARRASCO Y GUISASOLA,

Jefe de la estación naval española en aquellas aguas.

(CONTINUACIÓN.)

No fué menos importante la instalación del alumbrado por gas de Montevideo el año 1854. Pasada la empresa al Sr. Barón de Mauá, banquero brasileño, hoy es un edificio notable, digno de figurar en cualquier gran ciudad.

Según los datos estadísticos de 1872, el número de casas iluminadas por este medio alcanzaba en Montevideo, fuera de los edificios públicos, á 2.528, y el de faroles del alumbrado de las calles y plazas, á 2.292, formando un total de más de 12.000 mecheros, surtidos por cañerías sólo en las calles de 54 millas de longitud. Después se ha aumentado considerablemente el consumo al llevar este sistema de alumbrado hasta el Paso del Molino, la Unión, Atahualpa, etc.

El precio del alumbrado era para el público el de cinco pesos por cada mil piés cúbicos ingleses en la fecha á que nos referimos.

La situación de Montevideo se presta perfectamente á la limpieza pública, por el ligero declive de sus calles hácia uno y otro lado del mar, que unido al adoquinado ó empedrado de sus calles, hace que pueda transitarse sin el menor cuidado poco después de haber llovido. Unida esta circunstancia al as-

pecto de su buen caserío y alineadas calles, hacen una población agradabilísima al extranjero que la visita. Tiene pocas plazas, siendo notables las de la *Constitución*, *Independencia*, *Cagancha* y *General Flores*, y sirviéndole de paseo público la hermosa calle del 18 de Julio, que ha reemplazado á la del 25 de Mayo en la ciudad vieja, tan favorecida en otros tiempos por la mejor sociedad en las primeras horas de la noche.

Aunque ya hemos hablado algo de los alrededores de Montevideo, la belleza del sitio, las comodidades que ofrece y el valor que atesora, merecen una especial descripción. Desde que en el año 1852 terminó el *sitio grande*, volvió á poblarse con numerosas quintas y casas de campo, entre las que descuellan hoy centenares de *villas y parques* del gusto más caprichoso, que hacen de las inmediaciones de Montevideo una población diseminada entre jardines y paseos públicos y unas residencias lujosas y agradables.

Entre ellas descuellan las de los señores hermanos Castro, la de D. Agustín por su rica y espléndida colección de plantas raras y la de D. Carlos, por la extensión de sus parques, jardines, estatuas, etc. La antigua propiedad del Sr. Buschenthal, trasformada hoy en paseo público, aunque deteriorada por haber pasado á manos menos opulentas, en nada desmerecería de las que cuentan las grandes ciudades de Europa. Las de Gómez, Esteves, Raffo, Bottini, Berro, Tonkison, Lecica, Cibils y tantas y tantas otras, ofrecen construcciones de todos los gustos y bellezas arquitectónicas de las más variadas.

Estos deliciosos edenes se pueblan, durante la primavera y verano, por lo más escogido de la sociedad montevideana, ofreciendo sus moradores la más franca y amable hospitalidad á los numerosos visitantes que allí acuden á la caída de las deliciosas tardes de la estación de las flores; pues hay que tener presente que la horticultura, desconocida á todo lo que no fuese las plantas y árboles del país en el año 40, se trasformó por completo, bajo la hábil dirección de Mr. Margal, hijo de un horticultor de Versalles, y hoy ofrecen aquellos jardines

los mejores ejemplares de las variadas colecciones que han hecho célebres las bellísimas flores de Italia, España y Portugal, aclimatadas allí á fuerza de constancia y dinero.

Los tranvías han contribuido mucho al embellecimiento de los alrededores por la facilidad del transporte; pero en cambio han desterrado en mucho las animadas cabalgatas que en más lejanos tiempos eran el soláz y diversión de la gente jóven.

La disposición topográfica y el clima de este país, unido á la excelencia y abundancia de los pastos naturales y aguadas, han producido tal desarrollo en la industria pecuaria, por el crecimiento asombroso de la reproducción de las razas bovina, caballar y ovina, que mientras no adquiera el que deba tener la agricultura por el aumento de población, será aquélla la que merezca atención preferente de los propietarios del suelo.

Introducida la cría del ganado por los españoles que conquistaron aquellos vastos países, se multiplicó de una manera tal, que pronto dió lugar á una explotación industrial y al embarque de millares de cueros secos y salados, y millones de libras de carne seca, que, unida después á la lana de la variedad de la raza ovina, mejorada con el cruce de los mejores tipos europeos, dió por resultado una explotación, siempre creciente, base de todo el comercio de las Repúblicas del Plata.

Segun los datos publicados por D. Félix de Azara, al final de sus *Viajes por la América del Sur desde 1780 á 1801*, se exportaron del Plata en los cinco años desde 1792 al 96, frutos por valor de 1.575.792 pesos por año, entre los que figuran 758.117 cueros vacunos; 2.745 arrobas de lana; 25.332 de sebo; 143 de cerda de caballo y 39.231 quintales de carne salada, para la Habana. Esto demuestra que los *saladeros*, ó sean los establecimientos de matanza y beneficio de las reses vacunas, existían ya por aquel tiempo, como lo comprueba D. Isidoro de María en su *Compendio de historia de la República Oriental*, el cual consigna que desde 1754 se había ensayado en Montevideo la preparación de carnes en cecina por una Sociedad formada por D. Pablo y D. Estéban Perafan de la Rivera y don

Luís Herrera, planteándose después otros en aquel siglo, con lo que se fomentó el ramo de salazones con el mejor éxito.

La explotación del ganado vacuno, que necesita por otra parte pocos brazos, siguió progresando por la simple ley de la reproducción.

Según la estadística del año 1872, á pesar de las guerras civiles que tanto destruyen la propiedad, mucho más cuando los beligerantes viven á costa del país, y de la enorme cantidad inmolada al consumo y la exportación, el número de cabezas que se consideraba existía sólo en la República Oriental alcanzaba las cifras siguientes:

7.200.000 cabezas de ganado vacuno, á 7 pesos una.....	50.000.000
1.600.000 id., id., caballar, á 6.....	9.600.000
120.000 id., asnos y mulas, á 15.....	1.800.000
20.000.000 id., ganado lanar, á 1,20.....	24.000.000
100.000 id.; porcino, á 8.....	800.000
60.000 id, id., cabrío á 1,50.....	90.000
TOTAL.....	86.690.000
Valor del ganado existente en 1860.....	30.096.995
Aumento en 12 años.....	56.593.005

En cuanto á la exportación de lanas, según los cuadros estadísticos del Sr. Davidson, sólo por los dos mercados del Havre y Amberes entraron el año 1871 las siguientes cantidades de libras:

De la República Argentina.....	142.243.250
— — Oriental.....	31.545.400
De otras procedencias.....	71.984.800
TOTAL.....	245.743.450

La de los saladeros, favorecida con el buen resultado que les dió el mercado abierto de la Habana y más tarde el del Brasil, siguió progresando hasta el punto que, en los años de 1840 á 1842, el término medio de las exportaciones, de conformidad

con los datos suministrados por la Aduana ascendieron á 5.974.313 pesos.

Estos establecimientos son dignos de visitarse por todas aquellas personas que no tienen el estómago muy delicado.

Entre los que hemos visto durante nuestra pequeña permanencia en aquel país, merecen especial mención el de los señores Cibils, frente á Montevideo, y el de fray Bentos: el primero dedicado expresamente á la transformación de la carne en *tasajo* se halla al pié del cerro y próximo al dique de que nos hemos ocupado: allí se sacrifican de 50 ó 60.000 cabezas de ganado vacuno cada año y sostienen el tráfico de los buques que les está consignado; suponiendo cada cabeza, por término medio, á 12 pesos, ya la primera materia representa un valor de 600 á 720.000 duros. El segundo, ó sea el de fray Bentos pertenece á una sociedad; *faena* por 150 á 160.000 cabezas cada año, en sus vastas dependencias servidas por un personal que no baja de 700 hombres durante la temporada de matanza. La mayoría de sus carnes se destina al extracto que tanta aceptación tiene en el extranjero, sin embargo de preparar algún *tasajo* y utilizar todos los despojos de las reses, excepto la sangre, como sucede en los demás establecimientos de este género.

Es admirable la destreza y celeridad con que se *faena* la matanza: en el *saladero* del Sr. Cibils hemos presenciado dar comienzo al trabajo á las seis de la mañana, y á la una de la tarde se encontraban saladas 640 cabezas, sus cueros en salmuera, los huesos y despojos en los grandes depósitos, en que por medio del vapor se depuran las grasas; hacinadas las astas, y perfectamente limpio el teatro de semejante hecatombe. Las carnes, antes de exponerlas al sol para curarse, pasan por tres apilamientos de sal pura en tres días sucesivos, y ya secas, vuelven á apilarse cubriéndolas con telas enceradas á fin de librarlas de la humedad. Las astas y pezuñas se exportan para objetos industriales: los huesos para éstos ó refinación de azúcares y las cenizas para abonos.

El establecimiento de fray Bentos cuenta con doce molinos movidos al vapor, en donde se pulverizan los huesos y las carnes, cuyo extracto ha quedado, después de varios procedi-

mientos, en los frascos destinados á la exportación. El guano sacado de los huesos tiene más valor que el de las carnes, que quedan blancas y completamente secas.

Terminaremos la parte relativa á la industria pecuaria, con los siguientes datos que representan la producción de la carne salada en la República Oriental durante los últimos seis años hasta el de 1872, expresada en quintales, así como el total de ambas repúblicas del Plata.

República Oriental.

Años.	Para el Brasil.	Para la Habana.	TOTAL.
1867	517.100	330.100	847.200
1868	388.900	414.600	803.500
1869	461.200	266.400	727.600
1870	531.600	330.500	862.100
1871	410.800	308.100	718.900
1872	445.400	320.200	765.600

Exportación general del Rio de la Plata.

Años.	Inglaterra.	Brasil.	Habana.	TOTAL.
1860	»	495.186	623.457	1.118.642
1861	»	528.285	429.874	958.159
1862	»	596.992	653.145	1.250.137
1863	18.250	656.488	701.805	1.376.543
1864	56 330	580.246	752.385	1.388.961
1865	4.000	750.910	758.300	1.513.210
1866	»	828.600	704.000	1.532.600
1867	»	830.700	746.000	1.576.700
1868	»	555.900	941.700	2.497.600
1869	»	813.900	693.700	1.507.600
1870	»	897.700	861.270	1.758.970
1871	»	786.700	620.300	1.407.000
1872	»	843.200	696.600	1.539.800

Reses faenadas en 1870 (hasta 25 de Julio).

En los saladeros de Montevideo.....	273.746	} 662.746
Idem del litoral.....	389.000	
En Buenos Aires y Entre-Rios.....	750.000	
TOTAL.....	1.412.746	

Difícil, si no imposible, es apreciar el valor de la propiedad rústica y urbana en todos los países, pero mucho más en donde las ocultaciones son enormes, la soledad y extensión de los campos dificultan su mensura, la falta de explotación de su féráz suelo lo rebaja del que en realidad tendría en otras condiciones, y en donde la poca tranquilidad de los Gobiernos, dedicados continuamente á combatir las guerras civiles, impiden los trabajos necesarios para la reorganización de los servicios públicos.

Pueblo nuevo, carece de buena estadística; así que los datos publicados por el Sr. Vaillant sólo son aproximados, y de ellos nos valemos para tener idea de la riqueza de aquel país. Según éstos, los valores declarados sobre los cuales se recaudó la contribución directa en la capital, durante los años que se expresan, son los siguientes:

1860 valores declarados.....	14.456.004 pesos.
1869 — — — — —	51.710.902 —
1872 — — — — —	74.440.670 —

calculándose el valor total del departamento de Montevideo en 1873 de 111.211.005, repartidos así:

Antigua ciudad.....	42.355.335	} 111.211.005 pesos.
Nueva idem.....	34.352.254	
Resto del departamento.....	34.503.416	

La propiedad, sin embargo, ha sufrido un gran quebranto en los años posteriores, por consecuencia de la suspensión del

pago de las deudas y el empobrecimiento en que ha caído provisoriamente el país.

En cuanto á los departamentos, es mucho más difícil obtener el valor real; pero teniendo en cuenta el aumento que han tenido las tierras de pastoreo y labor, como el de las fincas urbanas y rurales, el Sr. Vaillant lo calculó en 250 millones de pesos, que unido á la cifra anterior, da un valor redondo de la propiedad personal para la capital y los departamentos de unos 360 millones de pesos.

La contribución directa sobre las fincas urbanas era en 1877 el 5 por 1.000 del valor declarado de la propiedad, pues si bien en un principio no pasaba del 2 por 1.000, fué elevándose sucesivamente hasta el año 1876, en que adeudaba el seis. El año 72, sólo en la capital, ascendía el monto á 395.485,74 pesos.

Estos ingresos, los de aduanas, sellos, patentes, etc., elevaron las rentas de la nación á 4.860.200 pesos en el año 1872; siendo las rentas de aduana las que más pingües resultados ofrecen; sin embargo, los gastos superan á los ingresos en respetables cantidades, y de aquí el aumento de las deudas y la situación precaria del país que gime hoy los desaciertos y complacencias de anteriores Gobiernos. Como prueba de lo dicho puede pasarse la vista por el siguiente estado:

AÑOS.	Recursos.	Gastos. — Pesos.
1820.....	751.040	729.928
1840.....	1.502.000	1.459.000
1854 al 58, término medio.....	1.693.071	1.872.807
1862 al 64.....	3.016.862	3.199.949
1865 al 68.....	3.766.049	4.882.295
1869.....	4.418.228	5.432.587
1870.....	5.105.521	5.623.486
1871 y 72.....	5.105.521	6.085.800
1873 presupuestado.....	6.796.009	6.623.758

Tan histológicos han sido los presupuestos orientales como los que debemos á nuestros mejores hacendistas.

Hasta el año 1859 no se convenció el Gobierno oriental de la necesidad en que se hallaba de organizar el servicio definitivo de las deudas atrasadas, debidas en mucha parte á las convulsiones políticas por que había atravesado el país. Fué, pues, la deuda *Fundada*, conversión de la *Consolidada* y *Exigible*, la primera deuda pública establecida con rentas especiales afectas al servicio de intereses y amortización, que fueron pagados con la mayor religiosidad. Si antes se hubiera llevado á cabo ese arreglo, el Estado se hubiese excusado las consecuencias que el Sr. Villalba, ministro de Hacienda en 1861, exponía á los Cuerpos legislativos en Febrero del citado año.

«Por desgracia este asunto de la deuda ha sido esquivado por los Gobiernos que se han sucedido en el poder, á causa sin duda de la desproporción que advertían entre su aumento y los recursos nacientes del Estado. Ello es, sin embargo, que se han desperdiciado oportunidades mejores para reducirlas á un guarismo razonable y el aplazamiento indefinido de un arreglo general, ha sido causa del acrecimiento de la deuda por la acumulación de los intereses devengados, de sucesos desagradables que son á todos notorios, y finalmente, de los convenios y arreglos parciales con los más afortunados ó los más fuertes, en que la justicia distributiva, el orden administrativo y el estado económico del país, quedaban sacrificados.»

Aquel Gobierno, como el que le sucedió en 1862, creyó de buena fe que los extravíos pasados serían de gran lección para el porvenir, esperando que todos contribuyeran al mantenimiento de la paz. ¡Vana quimera! los disturbios han seguido, las deudas se aumentaron, la suspensión del pago de intereses llegó á ser un hecho, y las reclamaciones de los Gobiernos extranjeros incesantes, si bien en algunos casos les ha dado la razón.

No podemos menos de consignar que algunas deudas se amortizaron por completo; otras se abonan con arbitrios adi-

cionales afectos á su pago; pero no queda duda que el malestar es grande, y el país ha sufrido enormemente en los últimos años. A 41.481.253'67 pesos alcanzaba el total de la deuda en 1.º de Enero de 1873.

Concluiremos estas noticias sobre la República Oriental, manifestando que el Poder Ejecutivo se compone de un Presidente y de los cuatro Ministros elegidos por éste, de Gobierno, de Relaciones exteriores, Hacienda y Guerra y Marina.

El ejército nacional, compuesto de aventureros y en muchos casos de criminales, contaba en 1873, 439 individuos del arma de artillería, 5.494 de infantería y 4.070 de caballería. Aunque hemos visto una buena batería, ésta, cuando se necesita, va arrastrada por las mulas de tiro embargadas en la capital; y en cuanto á la caballería, se surte en campaña del ganado que encuentra á su paso. Excusado es decir cuál podrá ser la confianza que se tenga en un ejército así montado y que carece además de administración, hospitales, utensilios, etc., por más que últimamente algo se haya hecho en su obsequio.

Respecto á la marina, no puede dársele tal nombre, pues que se compone de algunos vapores mercantes, trasformados en guerra mediante á un cañón y algunos soldados de tierra, vapores que, adquiridos á gran costo en los momentos de apuro, luégo se venden por su escasísimo valor.

Poco tiempo después de nuestra llegada, cumplidos los deberes de nuestro cargo y conociendo algo de la buena sociedad montevideana, en la que, por cierto, van desapareciendo las antiguas costumbres del país para sustituirlas con las europeas, como por ejemplo, el *mate* reemplazado por el *té* servido á la inglesa, aprovechamos uno de los vapores mercantes, que casi diariamente salen al anochecer, para trasladarnos á la capital de la República vecina. Por cierto que fuimos agradablemente sorprendidos al poner el pié á bordo, comparándolos con los que hacen el servicio de correos entre España y las Baleares: igual

recorrido (40 leguas) tienen que hacer durante la noche, el mismo precio se abona (8 pesos) y sin embargo ¡qué diferencia! Los vapores que ponen en directa comunicación Buenos Aires con Montevideo son hermosos: tienen espaciosas cámaras y algunos de ellos elegantes salones de comedor sobre la toldilla; camarotes confortables de dos ó cuatro literas, en cada una de las cuales encuentra el pasajero un salvavidas para casos desgraciados, además de cuanto le es indispensable durante la corta travesía. Tan pronto como se sale del puerto y franquean los buques de la rada, se sirve una abundante comida á la francesa, de numerosos platos, terminando con el té ó café reglamentario á gusto de cada uno. De nueve á diez de la noche se sirve el té con galletillas, y por la mañana, éste, café ó chocolate constituyen el desayuno, cuyo gasto entra en el valor del pasaje. Pues bien; los vapores mallorquines carecen de semejante comodidad; tiene que abonar el importe de lo que buenamente encuentre á bordo si algo desea tomar, y la salvación del pasaje se confía á la pericia de sus capitanes, que somos los primeros en reconocer; además de esta diferencia, los españoles tienen una subvención por el Estado; los del Rio de la Plata sólo disfrutan de la franquicia del puerto en cambio de la obligación de llevar la correspondencia. Verdad es que éstos transportan carga y un numeroso pasaje, mientras que los del Mediterráneo apenas si transportan una docena de pasajeros por viaje.

Una deliciosa noche nos tocó en la travesía, y apenas levantados de la mesa, subimos al largo puente para disfrutar la belleza del sereno: por la popa iban extinguiéndose la multitud de luces del alumbrado de Montevideo, y los destellos del faro del cerro nos hacía fijarnos en las sombras de aquél que se alejaba: el pontón ó faro de la Panela, al par que nos prevenía el peligro oculto por las tranquilas aguas del rio, nos marcaba estar á ocho millas del fondeadero: los acordes del piano, la animada conversación de los compañeros y lo templado de la brisa nos hizo pasar las primeras horas de la noche, después de las cuales, unas cuantas de sueño reparador nos volvía al puente para contemplar al amanecer la otra perla de las orillas del Plata.

Frente á Buenos Aires se extiende un gran banco de arena, llamado de la Ciudad, que teniendo sólo pocos piés de agua, aleja de tal modo el fondeadero de los buques de travesía que apenas si se divisan de los muelles: desde tres millas de éstos empiezan á anclar, no quedándose á menos de nueve los grandes paquetes de vapor que hacen el tráfico de Europa. Excusado es decir cuán molesta es, pues, la rada de Montevideo para las operaciones del puerto, mucho más con las fuertes corrientes y oleaje que levantan los impetuosos vientos que allí se dejan sentir. Sin embargo, dando un rodeo los buques hasta diez piés de calado, pueden venir á situarse en las *pozas* á corta distancia de los muelles; pero allí se exponen á no poder salir en determinados casos ó quedarse completamente varados en las *escoras* del río.

A este sitio vienen los vapores del servicio de pasajeros, presentándose frente al lado de la ciudad que se extiende por la orilla. Situada la población en una gran planicie, á la que se sube por una pequeña barranca, no ofrece pintoresco panorama; así que no puede formarse juicio sino desembarcando y recorriendo sus larguísimas calles tiradas á cordel y formando perpendiculares y paralelas al puerto.

Se ve en el horizonte un bosque de palos, formado por las arboladuras de los muchos buques que de todos los puntos del globo llevan las mercancías que sostienen su activo comercio, y cerca del vapor, los infinitos botes, tripulados la mayoría por italianos, que al mismo tiempo que se brindan para llevar el pasaje á tierra, proporcionan molestias sin fin con sus formas y exigencias.

Bastante afortunados fuimos al llegar en día en que fuera necesario un nuevo sistema de locomoción marítima. Muy aplacerada la orilla, como hemos dicho, y aunque bastante largos los muelles de madera, únicos que existen, hay casos en que los botes más pequeños no pueden llegar á las escalas, y entonces se ve el raro espectáculo de aproximarse un carro hasta el mismo bote, tomar en él equipaje y pasajero, y entrar en aquella ciudad, ni más ni menos que como pudieran haberlo hecho los primeros pobladores. Nosotros que pudimos

hacer equilibrio por las rotas escalas, alcanzamos al fin el andén, pero no pudimos exclamar *hosanna*, pues al ancho muelle le faltan muchos de los tablones que forman su piso diagonal, y en cambio le sobran medios de llegar con una pierna rota al arranque, en donde se encuentran dos pabellones, dedicados al resguardo y registro de equipaje. Hecha esta formalidad, y atravesada la línea férrea que va por la playa, es uno dueño de dirigirse á las numerosas fondas, hoteles, casas de huéspedes y demás albergues con que cuenta la población.

Y antes de pasar adelante, merece reseñar el episodio que le ocurrió á un oficial de nuestra marina hace pocos años: destinado á uno de los buques de la estación naval, llegó á Montevideo en uno de los paquetes franceses que tocan en Lisboa; al llegar á Montevideo se encontró con que el buque de su destino se hallaba en Buenos Aires, y siguió para aquel puerto en el vapor francés: dada entrada y permitido el desembarque, tomó pasaje, mediante uno ó dos pesos fuertes, según el tiempo, en uno de los vaporcitos que hacen este servicio, el que le dejó en el muelle con el voluminoso equipaje, que gracias á las disposiciones del Gobierno, por los variados uniformes, libros, instrumentos, cama, etc., constituye el del oficial de marina. Presentáronse multitud de mozos ó *changadores* para prestarle sus remunerados servicios, y ocurriósele preguntar cuánto le llevarían á la fonda más cercana; oyó con gran asombro que no podían hacerlo menos de ciento y tantos pesos: el valor excesivo y el estado de su bolsillo á un mismo tiempo, le hicieron prorumpir en una exclamación algo enérgica, y ya estaba dispuesto á esperar pacientemente la llegada de un bote de su buque, que por cierto no veía, cuando caritativamente le dijeron que aquella cantidad era papel, y que cada peso fuerte plata valía 25 de aquella especie; esta revelación le hizo congraciarse con sus servidores, que le llevaron en seguida al hotel que deseaba.

No formamos la mejor idea de la policía de la ciudad en los primeros momentos; al desórden de los botes, á las dificultades del muelle, hallamos calles enlodadas, con altas aceras y

terrizas. Despues nos convencimos que la gigantesca obra que llevaban á cabo con la construcción de las cloacas, de que hasta hace poco se carecía, era la causa de aquel estado deplorable. Sin vertiente la población, todo el agua que cae queda sobre el mismo lugar, hasta que el sol se ocupa de remediar ese mal; las aguas sucias de las casas quedaban allí estancadas, y el desprendimiento de materias era tal, que inficionaba el aire en los dias cálidos del verano. El cólera y la fiebre amarilla se encargaron, á cambio de millares de víctimas, de variar este estado, y el año pasado tocaban á su término las grandiosas obras ejecutadas para el desagüe de la población. El nuevo adoquinado, con vertientes á los sumideros, mejorará asimismo el aspecto sucio que presentaba.

Por lo demás, Buenos Aires tiene todas las condiciones de una capital importante: de gran comercio, sus calles se hallan continuamente embarazadas por los numerosos carros que trasportan las mercancías; en los numerosos almacenes hay una actividad vertiginosa: cada casa de las inmediaciones del puerto ostenta la placa de la razón social, y por do quier la evidente muestra de la actividad humana en las sociedades modernas. Numerosas iglesias, grandes conventos, extensas plazas, variados palacios é infinidad de casas de la mejor apariencia, en muchas de las cuales la exageracion del adorno afea el estilo, presenta á los ojos del extranjero una ciudad que no desdice y aun supera á muchas de las capitales y hermosas poblaciones con que cuenta la vieja Europa.

Aunque Buenos Aires apareció en los primeros tiempos por las trincheras formadas por D. Pedro de Mendoza, cuando nombrado por el emperador Cárlos V Adelantado del Rio de la Plata, desembarcó en aquel punto en Febrero de 1525, su fundación se debe al general D. Juan de Garay, que después de escarmentar á los feroces indios *querandis* en los campos llamados de la *Matanza*, puso la primera piedra de la actual ciudad el 11 de Junio de 1580. Si el turista fija su atención en una plancha de hierro que hoy se encuentra situada frente al pórtico de la Catedral y al lado de aquel ángulo de la plaza de la Libertad, podrá tener conocimiento del sitio en que existe

aquella piedra fundamental, resguardada por la plancha de que hablamos.

No son sólo páginas de sangre y horror en las luchas civiles las que cuenta Buenos Aires: las tiene gloriosas también y el nombre de una calle, la *Reconquista*, recordará á las generaciones venideras el esfuerzo y valor de los antiguos dominadores al rechazar los ataques de un pueblo vencedor. En guerra la España y su aliada la Francia, con la Inglaterra, al principio del siglo, y creyendo el general Baird que las colonias españolas sacudirían el yugo si su país acudía en auxilio, tan luégo como se apoderó, en 1806, de la colonia holandesa del Cabo de Buena Esperanza, envió una expedición al Rio de la Plata, á las órdenes del mayor-general Herresford, que desembarcando en las inmediaciones de la ciudad, derrotó fácilmente las fuerzas bisoñas y mal armadas que le salieron al encuentro, y tomó posesión de la fortaleza el 27 de Julio.

Como el virey Sobremonte, que antes se había trasladado con las fuerzas á Montevideo, lejos de venir en auxilio de la ciudad se dirigió hácia Córdoba, Herresford se apoderó de los caudales é hizo prestar juramento de fidelidad á las autoridades y corporaciones. No se sometieron á tal ofensa el capitán de navío D. Santiago Liniers ni otros muchos peninsulares é hijos del país, los cuales se decidieron á sacudir el yugo que quería imponérseles por la fuerza. Contando con algunos auxilios que les envió el gobernador de Montevideo, y con la gente de la campaña que se le unía, se presentó Liniers, con unos 1.600 hombres, en las cercanías de la ciudad, desde donde intimó al general inglés, y contestado por éste que se defendería, le atacó en seguida, consiguiendo tras una desesperada lucha apoderarse de la ciudad y luégo de la fortaleza. Apoderados los ingleses de Montevideo, y con numerosos refuerzos, intentan volver sobre Buenos Aires, para lo que se aprontan 9.880 soldados, que desembarcan en la Ensenada, esquivan el encuentro de los 6.860 hombres adelantados, para defender el paso del Riachuelo, y se aproximan á la ciudad, la que decidida á defenderse, forma barricadas en las calles, moviliza artillería y apronta al combate á todos, su

enérgico y esforzado alcalde Alzaga. Al amanecer del 5 de Julio atacan las fuerzas inglesas, y al terminar el combate con el día, éstas habían perdido 70 oficiales y 1.130 hombres entre muertos y heridos, y 120 oficiales y 1.500 soldados prisioneros. El 7 capituló Whitelocke, y á los dos meses cumplió su compromiso, evacuando Montevideo y el Rio de la Plata.

¡Quién hubiese previsto que el héroe de aquellas jornadas, el ya virey de tan dilatadas comarcas, el jefe de escuadra de la Armada, D. Santiago de Liniers, fuera inmolado poco después por los mismos que llevó á la victoria, por el solo delito de ser leal á su patria y á su rey! Siempre será un padrón de ignominia en la historia de aquel país el fusilamiento de Liniers, Concha (1), Allende y demás compañeros, cogidos en el campo sin defensa alguna é inmolados sin formas de proceso en las cercanías de Córdoba.

Como ya hemos dicho, la República Argentina es federativa. Las catorce provincias que la componen son independientes, teniendo cada una su Constitución y leyes particulares, su Gobierno y Cuerpos legislativos.

La defensa del país, los reglamentos de comercio y los intereses generales de la nación, están confiados á una administración general, en la cual el poder legislativo pertenece á un Congreso compuesto, primero, de un Senado para el cual cada provincia nombra dos miembros, siendo su presidente el vicepresidente de la República; y segundo, de una Cámara de diputados, de la que cada miembro representa á lo menos 20.000 habitantes. Ambas Cámaras deben abrirse por la Constitución el 1.º de Mayo de cada año. El Poder Ejecutivo está en manos de un presidente y un vicepresidente, elegidos por seis años por los electores de todas las provincias. El poder judicial por una corte de justicia federal, compuesta de cinco miembros y tiene un representante en cada provincia, con el título de juez federal.

(1) Don Juan Gutierrez de la Concha, compañero de Liniers y á las órdenes de este defensor de Buenos Aires, era brigadier de la Armada y padre del valeroso cuanto infortunado capitán general marqués del Duero.

La religión del Estado es la católica apostólica romana con tolerancia de los demás cultos, estando repartida la administración eclesiástica en un arzobispado y cuatro obispados. El primero tiene su asiento en Buenos Aires, y su jurisdicción comprende la dilatada provincia de Buenos Aires. La diócesis del litoral, establecida en Paraná, comprende las provincias de Entre-Ríos, Corrientes y Santa Fe; la de Córdoba, situada en esta ciudad, las provincias de Córdoba y Rioja, la de Cuyo, con asiento en San Juan, las de San Juan, Mendoza y San Luis, y la de Salta, con residencia en esta capital, las provincias de Salta, Jujui, Catamarca, Tucumán y Santiago del Estero.

Los federales españoles que en tan gran número emigraron á este país al finalizar el desgraciado período cantonal del año 73, no se habrán admirado poco al pisar aquellas playas y ver el respeto que se tiene á la libertad de conciencia. Lejos de la persecución que ellos tenían para el culto católico, habrán visto por las calles la multitud de individuos de las diferentes órdenes monásticas que por sus trajes característicos revelan la orden á que pertenecen: dominicos, franciscanos, mercenarios, recoletos, jesuitas, etc., viven en comunidad en suntuosos conventos y grandiosos templos, y hasta la fecha no ha ocurrido más atentado que el cometido el año 75 contra el colegio de jesuitas, sirviendo esto para levantar más la fe y contar hoy aquéllos con un edificio más capaz y una bellísima iglesia, cuya esbelta cúpula es admirada por su atrevimiento y buen gusto.

Y ya que de templos hablamos, no podemos menos de recomendar al *turista* la preciosa capilla erigida en el Barrio llamado Barracas por un español, el Sr. Guerrero. Su construcción va unida á un sangriento drama anatematizado por todos: Santa Felicitas lleva el nombre de la hija é inocente víctima de aquel horrible atentado, y las cuantiosas riquezas del padre le han servido para ese monumento precioso y útil al extenso barrio en que se encuentra.

La Catedral, que por el pórtico de su fachada principal se asemeja más á un templo profano que dedicado al Supremo

Hacedor, se compone de una nave principal y dos laterales, en las que no resaltan las bellezas arquitectónicas de nuestras célebres catedrales. La moda la ha hecho el centro de reunión de la sociedad elegante en los días festivos, hasta el punto que literalmente no se cabe durante la misa de una, á pesar de las amplias dimensiones del templo.

Desde allí, á pié la mayoría y en espléndidos carruajes los más favorecidos por la fortuna, se dirigen, por la calle Florida al paseo del Retiro, en donde las músicas militares dejan oír sus acordes hasta las cuatro ó cinco de la tarde. Pocas señoras bajan de los carruajes parados alrededor de la plaza; y éstas, como las demás que van á pié, quedan á un lado del paseo frente al sexo fuerte situado al otro lado, y todos observándose. Extraño efecto nos causó esta muda expectación interrumpida solo por algunos extranjeros que pasean ó por los que se lanzan tras de las señoras que abandonan la fila y el paseo. Los carruajes se dirigen después á dar una vuelta por Palermo, sitio público y antigua residencia del célebre dictador Rosas, ó por el nuevo parque del 3 de Febrero: muchas familias, más aficionadas á los placeres campestres, pasan las tardes en las bonitas quintas de los alrededores ó en las casas que poseen en las poblaciones inmediatas, á donde por lo regular se retiran durante la estación del calor. A pesar del mejor deseo y de los muchos gastos, los alrededores de Buenos Aires no reúnen la belleza de los de Montevideo.

El lujo está muy desarrollado en aquella capital: las modas parisienses sólo se retardan en los días que empleen en la travesía los frecuentes paquetes correos ó en lo que pueda retrasarse la estación por la diversidad de clima. Al lujo exterior corresponde el del menaje interior, y son muchas las casas que lucen los más elegantes muebles dorados ó de palo santo, con notables molduras, sobre las más exquisitas y mullidas alfombras: soberbios carruajes, hermosos tiros, espléndidas mesas, numerosos criados igualan á aquellos ricos ciudadanos con las antiguas aristocracias europeas.

Relaciones de antiguos compañeros, amistad particular con muchos españoles allí residentes, y un tanto el carácter oficial de nuestro destino, nos hizo apreciar al poco tiempo la amabilidad, atención y cultura de aquella escogida sociedad, á la que sólo podremos pagar con un recuerdo cariñoso en estas mal compaginadas líneas; sirvan al menos para reiterarles nuestro sincero agradecimiento.

Buenos Aires posee ocho teatros, de los cuales el de Colón es un soberbio edificio, en donde cada año actúa una buena compañía de ópera italiana. Allí tuvimos el gusto de ver en escena por primera vez al celebrado tenor español, honra de nuestro país, Sr. Gayarre, el que después ha recogido en el teatro Real de Madrid tantos triunfos como noches se presentó al público: allí también dejó un buen recuerdo, no sólo como cantante, sino como filántropo, destinando una respetable cantidad para el entonces en construcción hospital español, hoy uno de los mejores de las colonias extranjeras, que cada cual ha erigido para socorro de sus conciudadanos.

No son menos espléndidos los bailes que se dan en los clubs y casinos, en donde se reúnen las familias de sus respectivos socios durante algunas veladas del invierno: algunos de estos establecimientos reúnen inmejorables condiciones y en la mayoría se encuentra un lujo deslumbrador, comparado con el de la sociedad que los frecuenta.

El movimiento de la población, los frecuentados paseos, la multitud de carruajes particulares, el sinnúmero de tiendas de lujo perfectamente provistas, acusan desde luego que esta ciudad, capital provisional del Estado, es la segunda de las de la América del Sur. Una población de cerca de 300.000 almas, con manzanas regulares de 130 metros de lado, y en su mayoría con casas de uno ó dos pisos, le da una extensión de seis kilómetros próximamente, de los que el centro tiene unos tres de Norte á Sur y dos de Este á Oeste. Hermosas plazas con buen arbolado, y en algunas de ellas, buenas estatuas: celebrada Universidad, Colegio nacional, Biblioteca pública, bue-

nos hospitales, concurrida Bolsa, infinidad de Bancos, actividad literaria, muchos é importantes periódicos, entre los que se cuentan varios en idiomas extranjeros, otros ilustrados, revistas científicas, industriales y de agricultura, dan una sucinta idea de lo que encierra aquella notable ciudad.

Sólo no podemos estar conformes con una costumbre tradicional, y sobre la que se estrella la ingerencia del Gobierno para proscribirla: es la del agua en el carnaval. En estos días la libre expansión individual se representa viendo coronadas las azoteas de las casas con las jóvenes del pueblo y aun de la buena sociedad: allí, provistas de cuanta agua les sugiere su entusiasmo, con cubos, palanganas, jarros y demás vasos, se la arrojan al pobre transeunte, el que á su vez contesta con iguales proyectiles, si tal ha sido el objeto de su salida. Hay que admirar la alegría y animación de tan bellas combatientes, cuyas esbeltas formas se dibujan bajo los empapados vestidos que las cubre, no dando tregua hasta que las sombras de la noche les impide ver el efecto causado. Muchas pagan con la vida semejante diversión, otras paran en la vicaría, que no para todos es igual la suerte en este mundo incomprendible.

Pocos días después de hallarme en Montevideo de vuelta de mi ligera excursión por Buenos Aires, recibí carta del Sr. Pérez Ruano, encargado de negocios en la República Argentina, manifestándome habíamos sido invitados para acompañar al Presidente, el que debía salir al cabo de pocos días, para presenciar la apertura del trozo del ferro-carril andino, comprendido entre las poblaciones de Rio Cuarto y Villa-Mercedes; agregándome por su parte que no había aceptado la invitación hasta saber si podría acompañarle con algún buque de guerra de la estación española, toda vez que el Presidente iría embarcado hasta el Rosario de Santa Fe, y escoltado por algunos buques nacionales y extranjeros, cuyos ministros eran asimismo de la comitiva.

(Se continuará.)

MISCELÁNEA.

FERRO-CARRIL DE CIUDAD-REAL.

Con asistencia de S. M. el rey, y con gran solemnidad, se ha verificado el día 3 de Febrero la inauguración del ferrocarril directo de Madrid á Ciudad-Real. La línea tiene una longitud de 170 kilómetros (95 menos que la del Mediodía), y se ha construido en poco más de un año sin subvención del Estado. El costo aproximado asciende de 20 á 25 millones de pesetas.

Las estaciones de la nueva vía son :

	Kilms.	Metros.
Empalme de circunvalación.....	»	694
Madrid.....	»	»
Getafe.....	44	»
Parla.....	48	»
Torrejón.....	24	»
Yeles y Esquivias.....	32	»
Pantoja y Alameda.....	44	»
Algodor.....	57	»
Almonacid.....	77	»
Mascaraque.....	84	»
Mora.....	86	»
Manzanaque.....	90	»
Yébenes.....	104	»
Urda.....	105	»
Emperador (<i>apeadero</i>).....	129	»
Malagón.....	147	»
Fernán-Caballero.....	154	»
Ciudad-Real.....	169	925

De éstas son estaciones de *primera clase*, Madrid y Ciudad-Real; de *segunda*, Mora; de *tercera*, Getafe, Torrejón, Pan-

toja y Alameda, Algodor, Yébenes, Urda y Malagón; de *cuarta*, Parla, Yeles y Esquivias, Almonacid, Mascarague y Fernan-Caballero, y de *quinta*, Manzaneque y el Emperador.

Tienen muelles cubiertos las estaciones de Madrid, Pantoja, Algodor, Mora, Yébenes, Malagón y Ciudad-Real, y cocheras para depósito de locomotoras y carruajes sólo Madrid, Mora y Ciudad-Real.

Las obras de mayor importancia son: un puente de hierro sobre el Manzanares de 61^m,30 de luz y dos tramos; el del arroyo de Guatén, de 10 metros de luz; el de la quebrada de Guatén, de 10 metros; el del Tajo, entre Alameda y Cobeja y Algodor, de 125^m,60 de luz, gravando su peso sobre dos sólidos estribos de sillería; el de Badén de Coto Redondo, 10 metros de luz y dos tramos; el de Algodor, 30 metros de luz; otro sobre el Algodor, 20 metros y dos tramos; el de la laguna, 10 metros; el del Riachuelo, 20 metros y dos tramos, y el del Guadiana de 216 metros con cuatro tramos.

Son pocos los desmontes que han tenido que hacerse, y éstos de escasa consideración, tanto por la clase de terreno (tierra arcillosa), como por la limitada altura de los pliegues del terreno. Las obras de explanación de mayor monta se hallan entre los kilómetros 47 y 88; esto es, de Yeles y Esquivias á Mora, cuyos desmontes, en algunas partes, varían entre 50 centímetros y 6 metros próximamente.

A corta distancia de Algodor cruzan las dos líneas, la directa sobre la del Mediodía.

Al llegar la vía al kilómetro 112, entre Yébenes y Urda, pasa por el centro de una cuenca, que principia por una anchura de 200 metros, y tiene, en el 128, más de 12 kilómetros.

Las estaciones son sencillas, pero de agradable aspecto. En el trayecto se cuentan 86 casillas para los guardas, parecidas á las de los peones camineros de las carreteras de primer orden.

Los estudios de la línea fueron hechos por el Sr. Cachelievre, corriendo la construcción á cargo del contratista señor Dauderny.

LOS ZULÚS.

Al Oriente de la colonia inglesa del Cabo, y desde ésta á la bahía de Lagoa, extiéndese el vasto y poco conocido país que los geógrafos antiguos, más bien que los modernos, designan con el nombre de *Cafrería*.

De la palabra árabe *Cafarah* proviene este nombre, pues los geógrafos árabes fueron los que llamaron *país de los cafres*, es decir, de desconocedores de la religión, al territorio dilatado y de límites indecisos que llega desde el cabo de Buena Esperanza hasta la Nigrizia.

Hoy se conoce por tal solamente al que designado queda en los renglones que encabezan estas líneas.

Según el doctor Livingstone, la Cafrería propia y el país de los betchuanos, que se comprende generalmente en ella, pueden considerarse divididos en tres zonas que de Norte á Sur se extienden.

La primera de dichas zonas, ó sea la más oriental, es bastante montañosa y contiene magníficos bosques formados por los árboles más hermosos del África austral.

Las lluvias son en esta zona abundantes; rios de rápida corriente, que á veces comunican unos con otros por medio de brazos, la riegan con profusión, y á causa sin duda de esta abundancia de aguas, la vegetación es tan rica, que en las magníficas praderas de los valles y en las suaves laderas de las montañas la yerba crece de un modo extraordinario, alimentando, no sólo los numerosos rebaños de los cafres, sino innumerables herbívoros salvajes, como antílopes y gacelas, hipopótamos y elefantes.

La segunda zona, que abraza las comarcas centrales de esa especie de cono que forma el África austral, se halla compuesta de llanuras cortadas por colinas de escasa elevación, y en ella apenas hay agua corriente, pues llueve muy poco y á veces la sequía hace grandes estragos en los ganados y en los hombres. Los betchuanos, que son los que habitan estas áridas tierras, tienen una habilidad especial para hallar el agua que corre

bajo las arenas y así logran surtirse de ella para sus necesidades. La razón de tanta sequedad es, según las observaciones del mismo Livingstone, que reinando casi de continuo en esta parte de África los vientos del Este, al llegar tales vientos cargados con los vapores y humedades del Océano indico, quedan detenidas las nubes en las montañas y bosques de la zona oriental, y allí descargan, no trayendo sino por excepción su benéfico rocío á las comarcas centrales.

Por último, la tercera zona, ó sea la más occidental, es todavía más llana que la anterior y sólo se eleva un poco en la parte próxima al mar. En ella, sin embargo, la vegetación es más abundante y vigorosa que la correspondiente á la segunda zona.

En las costas, por regla general, pantanosas y poco saludables, pero fértiles de la Cafrería, es donde los ingleses han establecido la colonia á que han dado aquel nombre y que tiene su base en *Puerto Natal*, así llamado por Vasco de Gama, que descubrió aquella hermosa bahía el día de Navidad del año 1498. Desde 1845, los ingleses, que antes miraban estas regiones como una mera dependencia del gobierno del Cabo, han constituido en Puerto Natal un gobierno, que á su vez se divide en seis departamentos ó condados que toman el nombre de la población que le sirve de cabeza, y que son los de *D'Urban*, *Victoria*, *Pietermaritzburg*, *Umboti*, *Weemen* y *Klip-River*. La importancia que esta colonia ofrece para Inglaterra es grande, pues á más de veinte millones de reales ascienden las rentas de aquélla, y el comercio que se hace con los naturales y las maderas de construcción y la hulla que de ella se exportan, tienen grande importancia para la metrópoli y para las otras colonias que la nación británica posee próximas á Cafrería.

Hemos dicho al principio que el nombre de *cafres* había sido aplicado á los naturales de este país por los geógrafos árabes; después los europeos lo han adoptado como nombre genérico; pero en realidad, los indígenas carecen de una palabra que los designe á todos. Divididos en tribus, que tienen su territorio y su gobierno propios, cada una de esas tribus recibe un nombre particular; así hay la tribu de los *kosas* ó *amakosas*,

la de los *zulús* ó *amazulús*, la de los *bakoni*, la de los *basutos*, la de los *makasanas* y otras. Las diferencias físicas entre los individuos de unas y otras tribus son muy pocas, y en cuanto á los hábitos y costumbres, todos tienen los mismos.

La de los *zulús*, que va después de la de los *kosas*, en cuanto á la robustez y elevada talla de sus hombres, es una de las más numerosas, de las más ricas y de las más valientes.

Los *zulús* son de buena estatura, musculosos, ágiles, de gran serenidad y energía en los combates, de buena fe, aunque algo interesados en sus tratos, aficionados á la vida pastoril, que prefieren á cualquiera otra, y fundando todo su orgullo y toda su vanidad en el número de cabezas de ganado que poseen y en las armas que usan.

Los *zulús*, como todos los cafres, tienen una forma de cabeza que los distingue de los otros pueblos indígenas del África austral, pues la bóveda de su cráneo no es plana como la de éstos, sino elevada como la de los europeos; tienen además ojos de mirada inteligente, nariz no aplastada, sino casi aguilena, labios gruesos, pómulos salientes, cabello corto, crespo y lanoso, barba rala, que sólo crece un tanto en la perilla, talle esbelto, porte y andar majestuosos. Su color es un gris negruzco, no desagradable, y su piel fina y tersa; pero una y otra cosa apenas pueden distinguirse bajo la capa formada por una tierra rojiza desleída en agua, con cuya tintura se pintan todo el cuerpo, y bajo la grasa con que se dan para que esa tintura se conserve.

Las mujeres son de estatura mucho más pequeña que la de los hombres, y tan aficionadas á dijes, collares y objetos de brillo, que siempre llevan puestos cuantos poseen.

En cuanto al traje, el de los hombres se compone de una especie de bragas anchas y cortas y de un *kaross* ó gran capa, en la cual se embozan con mucha dignidad. Las mujeres llevan en la cabeza un pañuelo de colores vivos y ceñida al cuerpo una túnica, sobre la cual se colocan un jubón. En el invierno suelen añadir á esto una capa parecida á la de los hombres.

Los *zulús* admiten la poligamia; sin embargo, no son muchos los que tienen más de una mujer y pocos los que poseen

más de dos. Esto se debe principalmente á la escasez de personal femenino, puesto que los zulús, como todos los cafres, no hallan gran facilidad para proveerse de mujeres de otros países. Las mujeres gozan de cierta consideración dentro de la familia; los hijos profesan gran respeto á su padre, aun llegados á la virilidad.

Cada familia vive en su morada particular, que es una especie de choza circular, que las mujeres hacen ó deshacen con tanta facilidad como arman ó desarman los árabes sus tiendas.

Estas cabañas se forman con bambúes y ramaje, y en ellas habita el zulú con sus mujeres é hijos, mientras que sus ganados consumen los pastos próximos.

Después, ó se deja para que la aprovechen los que vengan más tarde al mismo sitio, ó se desarma y traslada á otro punto, según las necesidades.

En la época de las lluvias los zulús permanecen en sus chozas fabricando sus armas, pues son muy diestros en trabajar el hierro; las mujeres, en tanto, construyen con un barro bastante fino, que abunda en el país, las escudillas y vasijas para las necesidades de la familia.

El alimento de ésta consiste, principalmente, en leche cuajada, á lo que se agrega algunas veces tortas de maíz ó de mijo. Con harina de mijo, fermentada, hacen también estos salvajes una especie de cerveza que los embriaga y exalta en alto grado.

Los zulús son muy fumadores, y las pipas que usan son labradas por ellos, y constituyen verdaderas obras maestras de paciencia y á veces de habilidad. Mientras que pasta un numeroso rebaño en las laderas de las montañas de Kathlamba, el zulú, que con sus silbidos lo dirige, permanece tendido á la sombra contemplando las espirales de humo que salen de su pipa.

No se crea, sin embargo, que todos los zulús son pastores; también los hay agricultores, que se dedican al cultivo del maíz, el mijo, las habas y gran número de legumbres; además cultivan en los meses de Enero, Febrero y Marzo, los melones y una especie de sandías llamadas kengui, á las cuales son los cafres en general muy aficionados.

La caza es la diversión más agradable para los zulús, y no una caza cualquiera, sino la del elefante y el león. Cuando los pueblos de que vamos hablando no disponían aún de armas de fuego, y estaban reducidos á sus antiguas armas, que eran un enorme broquel de triple cuero endurecido, muy convexo y capaz de cubrir todo el cuerpo, várias lanzas ó azagayas de cuatro ó cinco piés de longitud, que arrojan con hábil y certera puntería, y una pesada maza, que esgrimían con destreza, la caza del león era ejecutada de un modo singular. Reunidos en numerosas partidas, los zulús se encaminaban hácia el sitio donde estaba el león, y formando un vasto círculo, dejaban aquél en medio.

Después iban estrechando el círculo poco á poco y acosando al león, que, hostigado de aquella manera, acababa por arrojarse sobre alguno de ellos; entonces, el acometido se escondía bajo su broquel, y mientras el león procuraba en vano herirle, los compañeros arrojaban sus azagayas á la fiera y le daban muerte.

La caza del elefante era más peligrosa y solía dar menos resultado.

Hoy, con la adopción de las armas de fuego por la mayor parte de aquellos indígenas, estas cacerías suelen estar más simplificadas, pues son idénticas á las que por acá se usan para matar jabalíes ó venados.

Las armas de fuego han llegado á ser una verdadera pasión para los zulús, y ninguno de ellos se conceptúa dichoso hasta no haber conseguido adquirir una carabina y buen número de cartuchos.

La codicia de los colonos ingleses les ha proporcionado de esas armas gran abundancia, á cambio de las hermosas lanas de sus ganados y del marfil y demás productos de que disponen y aquéllos desean. Con esas armas acaban de exterminar los zulús un cuerpo de ejército inglés.

En su sórdida avaricia, los colonos han procurado también propagar el vicio de la embriaguez entre los indígenas para obtener á cambio de ron las producciones de aquéllos, y aún cuando los zulús, como todos los cafres, son de suyo sóbrios y

morigerados, comienza á cundir entre ellos la disolución que tal vicio lleva consigo.

Pero no es ese sólo el mal que de sus relaciones con los ingleses les ha provenido. Los cafres son muy poco aptos para las relaciones comerciales; su aritmética se reduce á la operación de sumar, y ésta la verifican por los dedos, sin constituir unidades superiores con los números; así es, que cuando la cantidad es algo crecida, ya no pueden formarse clara idea de ella.

Conocedores de tal dificultad los colonos, la han aprovechado para engañar una y otra vez á los indígenas en sus transacciones; pero éstos, aunque matemáticamente no hayan notado el engaño, lo han echado de ver en los resultados de la transacción, y se han hecho tan recelosos y suspicaces como antes eran confiados y de buena fe.

De aquí ha nacido un estado de tirantez y antipatía entre indígenas y colonos, que al fin ha degenerado en completa hostilidad.

Los zulús se hallan gobernados despóticamente, pero en realidad el despotismo del *ukumkani*, que así llaman ellos al rey, no pesa más que sobre los que inmediatamente le rodean; jefes subalternos *inkasa-inkuli* son los que gobiernan las hordas en que se subdivide la tribu. El rey actual, llamado *Cettywayo*, pasa por enérgico y resuelto. Disgustado hace tiempo con los ingleses, ha puesto dificultades al tráfico de éstos con los zulús, y de aquí que el Gobierno de la Gran Bretaña resolviera castigar á dicho soberano y hacerle desistir de su hostilidad obstinada para con los colonos de Natal.

La lucha ha comenzado y la primera acción ha sido funesta para los ingleses.

Un cuerpo de 2.000 hombres, entre soldados europeos é indígenas auxiliares, ha sido aniquilado, é Inglaterra se ha creído en el caso de enviar á Natal grandes refuerzos. *Cettywayo* ha armado á todo su pueblo, y cuenta con más de 40.000 hombres, de los cuales se calculan en 15.000 los que tienen armas de fuego modernas. A esta gente habrá que agregar los cafres que pertenecen á la colonia inglesa, pero que seguramente se ad-

herirán en gran número al vencedor, pues es lo común y corriente en los países africanos.

Cierto que tal muchedumbre, sin disciplina y sin conocimiento alguno del arte de la guerra, no puede triunfar de las fuerzas regulares que Inglaterra envía allá; pero también es seguro que la lucha será larga, pues aquellos salvajes, aunque su índole no es cruel, cuando llegan á odiar son tenaces en sus odios; además son valientes y enérgicos, é individualmente han aprendido á manejar muy bien sus carabinas.

Hé aquí lo que son los zulús, he aquí lo que es ese pueblo que los ingleses habrían podido atraerse y educar si se hubieran desprendido un poco de su codicia, y del cual, con su afán explotador, han hecho uno de sus más constantes y resueltos enemigos.

M. T. R.

EXTRACTO

DE LAS

ACTAS DE LAS SESIONES

CELEBRADAS POR LA SOCIEDAD Y POR LA JUNTA DIRECTIVA.

Reunión ordinaria del 4 de Febrero de 1879.

Presidencia del Sr. Nava.

Abierta la sesión á las nueve y cuarto de la noche, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Fueron admitidos como Socios los Sres. D. Eulogio Merchán, teniente de Navío, Cedaceros, 7, 2.º, y D. Uceslao Ramírez de Villaurrutia, oficial del Ministerio de Estado, Reina, 24.

Prévia invitación del Sr. Presidente, leyó el Sr. Fernández-Duro una pintoresca descripción del lago de Sanabria y de sus inmediaciones, con interesantes datos históricos y curiosa reseña de los trajes y costumbres de sus habitantes; erudita y amena Conferencia, que publica íntegra nuestro BOLETÍN, y que el numeroso auditorio escuchó con visibles muestras de satisfacción y agrado. La Presidencia, en nombre de la Sociedad, felicitó al Sr. Fernández-Duro, y acto seguido se levantó la sesión á las diez y media.

JUNTA DIRECTIVA.

Sesión del 11 de Febrero de 1879.

Presidencia del Sr. Fernández de Castro.

Abierta la sesión á las nueve y cuarto de la noche, con asistencia de los Sres. Abella, Mac-Pherson, Rodríguez-Arroquia, Botella, García-

Martín, Baranda, Rodríguez, Rada, Alvarez-Núñez, Foronda, Ferreiro, Domec y Villaamil, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Dióse cuenta de la correspondencia y publicaciones recibidas, y entre otros documentos de menor interés, se leyó una comunicación, suscrita por Mr. Lesseps, presidente de la sección francesa del Comité internacional de estudio de un canal interoceánico en el istmo americano, invitando á nuestra Sociedad para que nombre delegados que la representen en la reunión general que ha de celebrarse en París en el próximo Mayo. La Junta acordó que desde luego podía contestarse agradeciendo y aceptando tan honrosa invitación, que debía tenerse en cuenta para designar en tiempo oportuno nuestros representantes.

Se encargó de la próxima Conferencia el Sr. D. José Villaamil, que había ofrecido disertar sobre *Berbería, en tiempo de Cisneros*, y no habiendo otros asuntos de qué tratar, se levantó la sesión á las diez.

Reunión ordinaria del 18 de Febrero de 1879.

Presidencia del Sr. Fernández-Duro.

Abierta la sesión á las nueve de la noche, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Fué admitido como Socio el Sr. D. Fermín de la Puente, ingeniero de Minas, Zurbano, 4, 3.º, derecha.

El Sr. Villaamil y Castro pronunció su anunciada Conferencia, que versaba sobre tres importantes documentos que publicará íntegros el BOLETÍN, relativos á expediciones españolas al África en la época de Cisneros, y encontrados por dicho señor, desempeñando su cargo de archivero en la Universidad central.

En nombre de la Reunión felicitó al orador el Sr. Presidente, y se levantó la sesión á las diez.

JUNTA DIRECTIVA.

Sesión del 27 de Febrero de 1878.

Presidencia del Sr. Fernández-Duro.

Abierta la sesión á las nueve y media de la noche, con asistencia de los Sres. Abella, Mac-Pherson, Rodríguez-Arroquia, Botella, Alameda,

García-Martín, Alvarez-Núñez, Foronda, Ferreiro y Villaamil, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Anunció el Presidente que la inmediata Conferencia estaba á cargo del Sr. Fernández-Guerra, quien trataría de un importante descubrimiento hecho en la antigua Deitania, teniendo ofrecidas también otras los Sres. Fernández de Castro y Vilanova, el primero sobre Geografía de la isla de Santo Domingo, y el segundo la continuación de su primer relato acerca del Congreso científico de Berna.

El mismo Sr. Presidente dijo que, cumpliéndose en el próximo mes de Mayo el año tercero de la fundación de la Sociedad, debía, á su parecer, solemnizarse el aniversario, dentro de las prescripciones del Reglamento, dedicando una fiesta honrosa á la memoria de cualquiera de los muchos viajeros españoles que han ensanchado con sus descubrimientos los límites de la ciencia geográfica, y singularmente de Juan Sebastian del Cano, por haber adoptado la Sociedad para sus diplomas el glorioso lema conquistado por el primer circumnavegante. Acogida por la Junta con aplauso la idea del Sr. Fernández-Duro, y después de una breve discusión acerca de la forma y condiciones de la solemnidad, se acordó nombrar una Comisión que estudiase el programa y los medios de su realización, para someterlo á decisión definitiva en otra sesión de la Junta, y fueron elegidos el mismo Sr. Fernández-Duro, presidente, los Sres. Rada, Salas, Foronda y Colón, como vocales, y el señor Ferreiro como secretario.

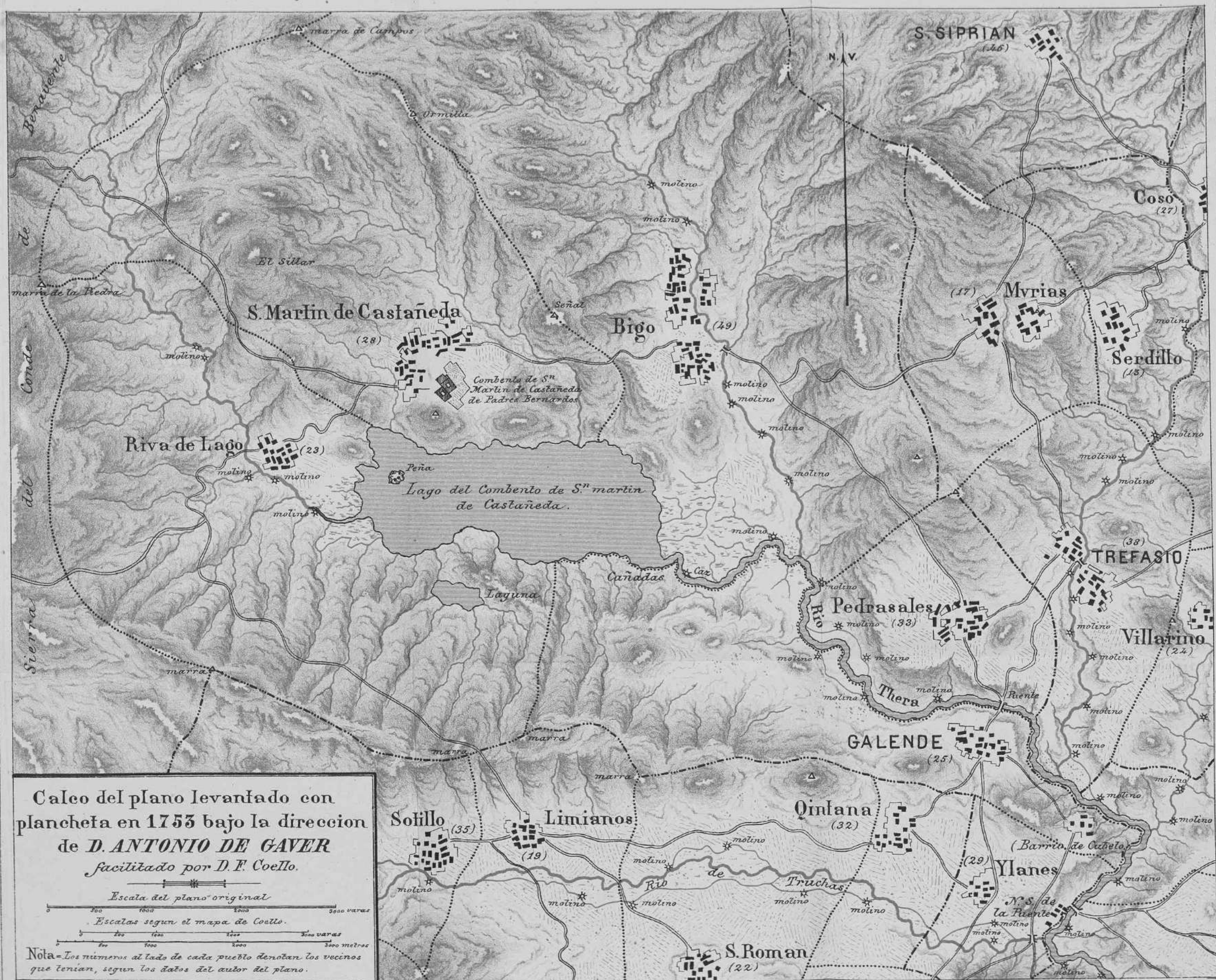
Se levantó la sesión á las diez.

ESTUDIOS SOBRE EL LAGO DE SANÁBRIA Ó DE S. MARTÍN DE CASTAÑEDA

por D. Cesáreo Fernandez Duro.

Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid.

Tomo VI. - Lam. 2.ª - (Febrero de 1879)



Ostler aut.

Lit. de Roldan

